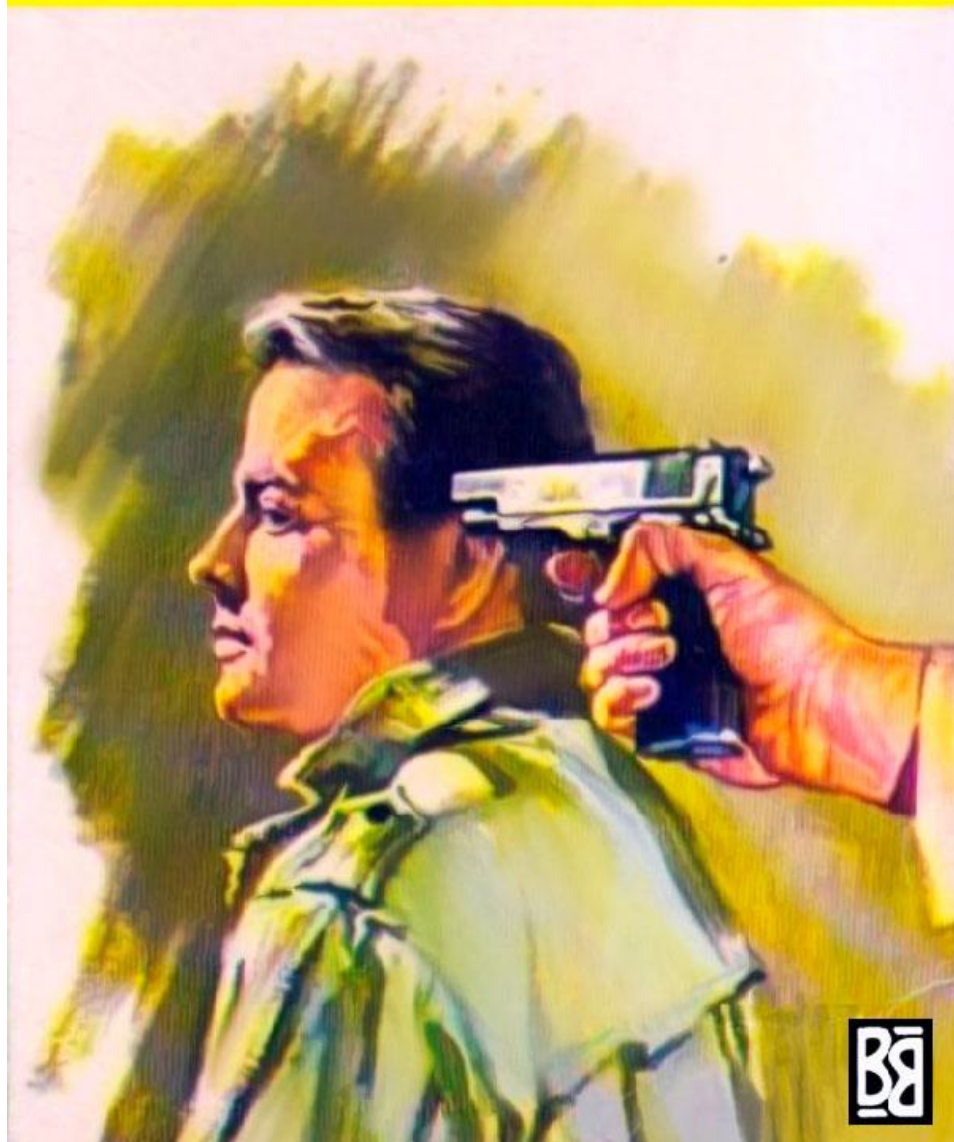


PUNTO
ROJO

sígueme, muerte

burton hare



SIGUEME, MUERTE

ELLEN
WILSON

MAX
RIPLEY





BURTON HARE

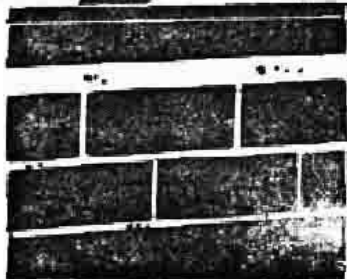
SIGUEME, MUERTE



Colección PUNTO ROJO n.º 208

Publicación semanal

Aparece los **SABADOS**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA

BUENOS AIRES

BOGOTÁ

MEXICO

RIO DE JANEIRO



Dépósito legal: B 5.798 - 1966

Printed in Spain - Impreso en España

1ª edición: abril 1966

© BURTON HARE - 1966
sobre el texto literario

© JORGE NUÑEZ - 1966
sobre la cubierta

© COSTA Y CARRILLO - 1966
sobre ilustraciones interiores

Concedidos derechos exclusivos a favor
de Editorial Bruguera, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1966

N. R. 208/66

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección PUNTO ROJO:

206 — La oscura sombra del miedo

En Colección SERVICIO SECRETO:

813 — Contabilidad sangrienta

En Colección ARCHIVO SECRETO:

102 — Crimen sin criminal

CAPÍTULO PRIMERO

El proceso había terminado. Un rumor sordo se extendió por la sala tan pronto el juez desapareció en su despacho. Cuando me levanté, pude ver todavía la espalda del condenado, custodiado por dos policías, al atravesar el umbral de la puerta que iba a conducirlo a cumplir su larga condena.

Como un rebaño, el público se amontonó en la salida. Encendí un cigarrillo y esperó a que el taponamiento hubiera desaparecido antes de recorrer yo también el estrecho pasillo.

Fuera, los más rezagados formaban pequeños grupos y se entretenían comentando las incidencias del juicio. Algunos de ellos volvieron la cabeza y me miraron con expresión de curiosidad.

Anduve sin prisas hacia la salida. Había media docena de escalones al pie de los cuales se extendía el amplio vestíbulo. Junto al último peldaño distinguí al teniente Jacobs en compañía de otro individuo de rostro afilado y nariz achatada. Jacobs me descubrió cuando llegué a su altura.

—¿Qué tal, Max? —exclamó—. Es la primera vez que te veo declarar como testigo en una causa decente.

—¿A qué llamas tú decente? —repuse, encendiendo otro cigarrillo con la colilla del anterior.

—Bueno, quiero decir que por lo menos el acusado no era tu cliente...

—Al diablo, Bill. He tenido más molestias en este caso que en ninguno de los que me encargan personalmente. Y no he sacado un centavo. Eso te demostrará lo que gana uno con ser una persona decente.

Se echó a reír. Por el rabillo del ojo capté la mirada de halcón del hombre que le acompañaba. Estaba mirándome como si tuviera

algo personal contra mí. Sin embargo, yo no lo había visto en mi vida.

Jacobs se dio cuenta de la mirada de antagonismo que se cruzaba entre su compañero y yo. Esbozó una sonrisa burlona y gruñó:

—Creo que todavía no conoces al teniente Kelley, Max... Es nuevo entre nosotros.

—¿También está en Homicidios? —indagué.

—De momento, en la Brigada de Costumbres. Es un especialista recién llegado de San Francisco.

—Bueno, mucho gusto en conocerlo —dije, sabiendo que estaba mintiendo. No me gustaba la expresión del tal Kelley.

Como si hubiera captado mis pensamientos con alguna especie de radar, él gruñó:

—En *Frisco* tuvimos bastantes quebraderos de cabeza con los fisgones como usted. Quizá por eso los tengo atravesados...

—Tal vez —dije—. Espero que aquí sigamos proporcionándole los mismos quebraderos de cabeza.

—¿Qué?

Jacobs rió. Aplasté el cigarrillo bajo el pie y les hice un leve ademán de despedida.

—Ya nos veremos, Bill. Enséñale la ciudad a tu amigo. Si quiere «trabajar» de verdad va a tener muchas oportunidades de hacerlo.

Los dejé allí, mirándome como a un bicho raro. En los ojos claros de Jacobs brillaba una chispita de burla que yo conocía muy bien.

Bueno, al diablo con ellos.

Anduve hacia donde había dejado el coche, y con él me encaminé a la oficina sintiéndome de un humor pésimo. Detestaba tener que prestar declaración ante un jurado. Y lo detestaba más todavía si era en un caso ajeno a mí y del que no había podido sacar ni un podrido dólar.

Me dije que si no salía pronto algún cliente iba a verme en apuros. Mis finanzas estaban a la última pregunta y llevaba demasiado tiempo sin hacer nada de provecho.

Estacioné el auto y anduve por la acera cabizbajo, sin pensar en nada determinado, pero sintiéndome de un humor cada vez más agrio. Yo conocía bien semejante estado de ánimo. Cuando uno se

siente deprimido solo puede echar mano de dos remedios eficaces: El *whisky* o las mujeres.

Una vocecilla infantil gritó a mis espaldas:

—¿El periódico, señor Ripley?

Me volví. Jimmy alargaba hacia mí un diario de la mañana y sonreía con toda la boca.

—Hola, chico... sí, dámelo.

Le entregué unas monedas. El chiquillo se las embolsó sin preocuparse de devolverme el cambio, como de costumbre.

—Gracias, señor Ripley. ¿Mucho trabajo?

—Ninguno, muchacho. ¿Cómo sigue tu madre?

—El médico dice que mejora —se encogió de hombros y añadió, preocupado—: Pero no puede levantarse todavía. Mejora y no se levanta. No lo entiendo...

Se alejó, voceando los periódicos con su voz aguda. Su madre estaba casi siempre enferma. Todos los que le conocíamos le comprábamos los periódicos a Jimmy dándole el doble de su precio. «Un muchacho muy listo», me dije al abrir la puerta de mi oficina.

Extendí el periódico sobre la mesa y leí distraídamente las monótonas noticias de costumbre. No había nada de interés.

Sólo en la tercera página encontré un breve reportaje dando cuenta de que Enrico Tregenza había sido puesto en libertad, después de haber permanecido dieciocho años en la penitenciaría de San Quintín.

Tregenza...

Intenté recordar el motivo de su condena y fracasé. Dieciocho años atrás yo era demasiado joven para que lo ocurrido con un tipo llamado Enrico Tregenza hubiera perdurado en mi mente.

Acabé de leer el corto artículo. Lo único que aclaraba, era que el recién liberado pistolero había sido el cabecilla del grupo que asaltó las oficinas de una fábrica de muebles, llevándose más de dos millones de dólares.

Aburrido, arrojé el periódico a la papelera. Encendí un cigarrillo. Necesitaba trabajo, y pronto; eso era lo que me ponía de mal humor precisamente. No podía soportar la inactividad.

Ni la falta de dinero, dicho sea de paso.

No obstante, tuve que soportarla tres días más.

Comenzaba a desesperarme al cabo de esos tres días, incluso

estaba pensando en buscarme algún otro trabajo para salir de apuros, cuando se abrió la puerta sin previa llamada y entró un hombre de mediana estatura, con una pronunciada calvicie y ademanes casi tímidos.

—¿Max Ripley? —inquirió, deteniéndose junto a la mesa.

—Yo soy Ripley. ¿Qué puedo hacer por usted?

No respondió inmediatamente. Tomó asiento y escrutó mi cara como si quisiera valorarme a simple vista. Observé que tendría sus buenos cincuenta años, piel muy pálida y ojos vivos. Vestía con mal gusto aunque sus ropas eran de precio.

—Me llamo Tregenza —dijo repentinamente.

Respingué en el sillón.

—¿Enrico Tregenza?

—Sí.

—Leí algo sobre usted hace dos o tres días... Acaba de salir de San Quintín.

—Bueno, la noticia apareció con evidente retraso. Hace dos semanas que me soltaron, ¿sabe?

—¿Y por qué ha venido a decírmelo? No creo que un tipo como usted necesite mis servicios. ¿O estoy equivocado?

—Lo está. He venido a contratarle.

La cosa no me gustó, pero me abstuve de formar ningún comentario. Prefería escucharle primero.

Y él añadió:

—Le pagaré bien... En realidad, estoy dispuesto a pagarle más dinero del que haya cobrado jamás por un trabajo.

—¿Cuál es su apuro?

Carraspeó y me miró de nuevo con sus ojillos vivos y acerados. Tras ese examen, sacó un papel doblado del bolsillo y lo extendió cuidadosamente sobre la mesa.

—Lea eso —gruñó—. Después hablaremos.

Lo primero que vi fue que la carta estaba escrita a lápiz y sólo con mayúsculas.

Decía:

*He esperado mucho tiempo, Enrico. Años y años
aguardando para matarte.*

Ahora voy a darte el gusto de volarte tus sucios sesos.

Debí hacerlo mucho antes, pero estabas fuera de mi alcance.

Ya te queda poco.

El papel era corriente, sin marca de agua alguna. El mensaje no llevaba firma, naturalmente.

—¿Y bien? —dije.

—Quiero que encuentre al hijo de perra que me ha mandado esa felicitación, Ripley.

Esta vez fui yo quien le miró con redoblada atención.

—¿Por qué yo precisamente? —quise saber.

—Diablos, es usted detective privado, ¿no? Quiero contratarle para ese trabajo.

—Repito la pregunta: ¿Por qué yo? Hay infinidad de detectives privados en la ciudad. ¿Por qué se ha dirigido a mí?

—Bueno, he leído algunas cosas sobre usted en los periódicos. En el penal era mi única distracción; leer. Usted mató a Gallacci hace seis meses.

—¿Y qué?

—Matar a un escorpión como Gallacci es toda una hazaña... Recuerdo que pensé entonces que me gustaría conocer al tipo capaz de haberse enfrentado en una lucha a tiros con él...

—Ya veo.

—Lo celebro. Sé la clase de bicho que era Gallacci, y sé el valor que se necesitaba para ultimarlo. Bueno, ésa fue la mejor tarjeta de recomendación para que recurriera a usted en mi primer apuro.

—Usted ha venido a mí porque cree que si descubro al que le amenaza no vacilaré en matarle si se resiste. ¿Es eso, Tregenza?

—Bueno, le confieso que esa idea ha pasado por mi cabeza. Yo ya estoy viejo, usted sabe... Me he vuelto blando con los años. Y estoy desarraigado, falto de práctica... y quiero vivir. Eso sobre todo: Vivir. He estado muerto durante dieciocho años, ¿comprende, Ripley? ¡Muerto y enterrado! Ansío gozar de los años que me queden de vida sin que un hijo de perra me llene de plomo en cualquier instante.

—Lo comprendo muy bien...

—Si yo estuviera en «forma» como en mis buenos tiempos no necesitaría la ayuda de nadie para ese trabajo. Ahora... bien, sólo

quiero tranquilidad. El pasado no existe ya para mí. Sólo el porvenir, y deseo gozarlo plenamente.

—Eso también es comprensible.

—De manera que ése va a ser su trabajo. ¿Conforme?

Lo pensé un poco. Encendí un cigarrillo. Al cabo de unos segundos dije:

—No me gusta eso, Tregenza. Es peligroso, para mí mezclarme en un pleito entre pistoleros. Mi licencia pende de un hilo y...

—Quince mil dólares penden de su decisión.

Pegué un salto y quedé de pie, apoyado en la mesa. El sillón salió proyectado hacia atrás de golpe.

—Repítalo —jadeé.

Esbozó una sonrisa de burla, pero sus ojos siguieron fríos como un témpano.

—Quince mil dólares por su ayuda.

—Trato hecho.

—No parece que haya tenido que pensarlo usted mucho, ¿eh?

—Por esa cantidad estoy dispuesto a comerme mi licencia antes incluso que la policía me la estampe en las narices. ¿Cómo y cuándo voy a cobrar ese dinero?

—La mitad ahora. La otra mitad al terminar el trabajo.

Acerqué el sillón y me dejé caer en él mansamente.

—Okey; muéstreme el color de su dinero y luego hablaremos del asunto.

—Se me antoja que es usted tan bastardo como yo mismo, Ripley...

Pero echó mano al bolsillo y extrajo un fajo de billetes impresionante. Había un revoltijo de valores tremendos; de mil, de quinientos y de cien. Separó la mitad del fajo y procedió a contarlos sin apresurarse. Sentí hormigueo en los dedos al imaginar que todo aquel capital iba a caer en mis pecadoras manos.

—Ahí tiene —resopló—. No es necesario que le advierta lo que puede sucederle si trata de engañarme...

—Ya me ha advertido.

Me apoderé de la pequeña, fortuna y me entretuve en acariciar los billetes mientras una sensación de seguridad comenzaba a extenderse por todos los poros de mi piel.

Al fin, los guardé y comencé a interesarme por mi trabajo. Al

cerrar el cajón me pareció que hasta la mesa había cobrado brillo.

—Bien —comenté—. A juzgar por la manera cómo está redactada esta carta, el tipo ha estado todos estos años aguardándole. Eso me hace pensar que puede tratarse de cualquiera de sus viejos... digamos asociados. ¿Conforme?

—Ya se me ha ocurrido esa idea.

—En consecuencia, también se le habrá ocurrido pasar revista a sus recuerdos. ¿Le gastó usted una trastada a alguno de ellos?

—No.

—¿Qué sucedió con el botín del asalto por el cual le encerraron?

—Ya suponía que me haría esa pregunta...

—Voy a formularle otras más comprometidas todavía. Quiero saber el terreno que piso antes de empezar a moverme.

—Pero no se volverá atrás, ¿eh?

—Seguro que no.

—Bueno, supongo que tendré que contarle la verdad... y para eso es necesario remontarse a diecinueve años atrás.

—El tiempo no importa. Le escucho.

Se echó hacia atrás y cerró un instante los ojos. Sin el fulgor de su mirada, me pareció mucho más viejo de lo que aparentaba. Su rostro estaba surcado por pequeñas arrugas. La boca tenía un rictus amargo, triste y débil. No parecía en absoluto el jefe de pistoleros que había sido antes de ir a parar a San Quintín.

CAPÍTULO II

—De manera —dije, cuando él terminó de contarme su historia un tanto extraña—, que ha preferido usted permanecer dieciocho años en presidio a causa del millón de dólares que se volatilizó. ¿Es eso lo que ha querido decirme con toda su cháchara?

—Poco más o menos.

—¿Y se quedó usted con el millón?

—Ahora está preguntando demasiado. Nos llevamos dos millones doscientos mil dólares en aquel asalto. Fue un golpe perfecto. Bueno, un millón y pico correspondió a los demás. Hubo ciertos gastos, también se efectuaron algunos «regalos» para acallar el escándalo...

—Y quedó un millón, aproximadamente.

—Y nunca ha vuelto a saberse el paradero de ese dinero, ¿eh? Usted ha preferido perder dieciocho años de su vida antes que revelar el escondrijo de esa fortuna.

—Está equivocado. Me condenaron por negarme a delatar a mis compañeros. Si hubiese dado sus nombres a la policía hubiera podido «sacar» un máximo de cinco años de condena. Me negué y aplicaron la Ley con todo su peso.

—Ya veo... Un extraño caso de lealtad.

—Todos nos arriesgamos por igual. Yo tuve la desgracia de ser el único a quien identificaron unos días después... Mala suerte. No me quejo.

—Hábleme del millón.

—No hay nada que decir de eso. La amenaza no tiene relación con el dinero.

—¿Cómo puede usted saberlo?

—Pero, hombre; el bastardo que ha escrito esa carta se limita a

decirme que va a matarme, ¿no es cierto? Ni siquiera insinúa la posibilidad de perdonarme la vida si pago una cantidad. Todo lo que quiere es verme muerto.

En eso tenía razón, de manera que no se lo discutí. No obstante, volví a mi primitiva idea.

—Hemos de buscar al autor del anónimo entre sus viejas amistades, eso es indiscutible. Deberá usted darme una lista con los nombres de sus compinches de aquella época, con algunos detalles respecto a su personalidad. Irían muy bien algunas fotografías también. ¿Puede conseguirlas?

—No.

—¿Estaban fichados todos ellos?

—Algunos sí y otros no. ¿Por qué lo pregunta?

—Porque puedo conseguir fotografías y datos de ellos en los archivos policíacos, si me hacen falta.

—¡Alto ahí, Ripley! Le prohíbo que haga nada parecido. La policía querría saber por qué se interesa usted por esos tipos. Y si descubren que todos los que despiertan su interés habían tenido más o menos relación conmigo las cosas empezarían a ponerse mal para todos. No —insistió— le pago para que trabaje de firme, no para que busque ayuda entre los polizontes.

Asentí con un gesto. Cada vez me gustaba menos todo aquel embrollo. Únicamente los quince mil dólares me impedían rechazarlo. Mi situación no era como para andarse con remilgos precisamente.

—Está bien, Tregenza —dije, pensativo—. Me conformaré con su lista.

—La prepararé... Oiga, se me ocurre que podría acompañarme a casa. Entre los dos sería más fácil redactarla porque usted podría indicarme en cada caso lo que más le interesa del individuo.

—Muy bien.

Me levanté, saliendo de detrás de la mesa. Él hizo lo mismo, pero no se movió, sino que indagó con voz suave:

—¿Lleva usted revólver, Ripley?

—No.

—Pues tómelo antes de salir.

—No acostumbro a ir armado sin necesidad...

—Nunca sabe uno cuándo podrá presentarse la necesidad. Si

tiene usted que protegerme necesitará la artillería. Coja su revólver.

—Está bien, está bien, lo haré si eso ha de tranquilizarle.

Abrí la pequeña caja fuerte empotrada en la pared y saqué el «38» modelo policíaco especial, de cañón corto. Aproveché para guardar en ella el fajo de billetes y volví a cerrarla. Después sujeté la funda en el cinturón, introduje el arma y miré a Tregenza con cierta ironía.

—¿Satisfecho ahora?

Sonrió casi con timidez.

—Más tranquilo por lo menos —dijo.

Salimos y él gruñó al llegar abajo:

—He venido en un taxi. Utilizaremos su coche.

—Muy bien.

—Y no descuide usted la vigilancia. Pueden seguirme.

—Está usted asustado, ¿eh?

—Sí.

Me gustó su manera seca y franca de confesarlo. Mientras nos deslizábamos por entre el tráfico dediqué mi atención a escrutar el retrovisor, pero había tal cantidad de coches por todas partes que era imposible averiguar si cualquiera de ellos venía pisándonos los talones.

—Habrá que perder un poco de tiempo —refunfuñé.

Comencé a cambiar de dirección una vez tras otra, metiéndome por calles de dirección única, doblando esquinas sin previo aviso con el intermitente, deteniéndome bruscamente en los lugares más inesperados. No pude captar ningún movimiento sospechoso.

—Bien, creo que podemos estar tranquilos por ese lado —decidí finalmente—. Vamos a su casa de una vez.

Siguiendo sus indicaciones fuimos a detenernos frente a una villa de reducidas dimensiones, pero extremadamente lujosa, rodeada de un hermoso jardín sombreado por añosos árboles. Al saltar fuera del auto descubrí una piscina bañada por el sol y rodeada de verde césped.

—Una buena choza —comenté entre dientes—. Debe haberle costado un puñado de billetes, Tregenza...

—La compré hace tres años.

—¿Desde la cárcel?

—Sí.

—¿Cómo pudo disponer del dinero estando encerrado?

—Ésa es una pregunta que no voy a responder.

Llegamos a la puerta y él se dispuso a abrirla con su llave. Pero antes que pudiera hacerlo la puerta se abrió de golpe y una mujer apareció en el umbral, sonriente.

—Hola, Enrico —murmuró—. Estaba tan intranquila...

Echó los brazos al cuello del ex pistolero y se besaron apasionadamente, sin importarle un bledo mi presencia.

Tuve tiempo de sacar un cigarrillo y encenderlo antes que se acordasen de mi existencia. Entonces, separándose, la mujer me miró de arriba abajo. No debí causarle muy buena impresión a juzgar por la expresión de su bello y llamativo rostro.

—¿Es él? —indagó con su voz profunda.

—Max Ripley —dijo Tregenza—. Va a encargarse de hallar al gracioso que escribió el anónimo. Pero es mejor que entremos...

Me guiaron al interior. Pude observar a la mujer, un tanto impresionado por su espectacular belleza. Calculé que tendría unos treinta años, pero había sabido conservar la prestancia de una muchacha. Su cuerpo era delgado y elástico, redondeado provocativamente en los lugares donde debía serlo, detalle que realzaba el ajustado vestido azul claro. Se movía sobre sus largas piernas con la gracia de una bailarina.

Sólo cuando estuvimos instalados en un saloncito coquetón, el ex presidiario dijo como al desgaire:

—Es mi esposa, Ripley, con que no empiece a creerse fantasías absurdas. ¿Quieres preparar unos tragos, querida?

—Cómo no, Enrico...

Lo hizo. Por lo menos tenía la cualidad de ser generosa con el *whisky* y con eso salí ganando. Por añadidura, era un licor de primera calidad.

—¿Cómo recibió usted esa nota, Tregenza? —inquirí.

—La echaron por debajo de la puerta, ayer.

—Así que no llegó por correo...

—No. El tipo tuvo la desfachatez de acercarse hasta la entrada y meterla por debajo de la puerta personalmente. Fue a primera hora de la mañana, lo que explica que no nos diésemos cuenta.

—Ya veo...

La mujer intervino entonces.

—¿Cree usted que podrá descubrirlo, antes que haga ningún daño a Enrico?

—¿Cómo puedo saberlo? Por lo menos, lo intentaré. ¿Empezamos con esa lista?

Tregenza dijo, dirigiéndose a su esposa:

—Es mejor que nos dejes solos, querida. Eso va a ser muy aburrido.

—Sí, claro... Me alegra que esté usted aquí, señor Ripley...

Pero si uno tenía que fiarse de la expresión de su cara, esa alegría no pasaba de una simple fórmula de cortesía. Decididamente, yo no le había caído en gracia.

Preparé una libretita de notas y un bolígrafo y miré a mi cliente.

—Creo que podemos empezar por Big Bill —rezongó Tregenza—. Era el más salvaje de la pandilla.

—¿Violento?

—Algo más que eso. Gozaba con la violencia, siempre que tuviera todos los triunfos en su mano, claro. Un perfecto bastardo al que era difícil controlar.

—¿Quedó en paz con él cuando le encerraron?

—Seguro, igual que con los demás. Todos se llevaron su tajada.

—En la época de sus aventuras, ¿existía algún antagonismo entre ese Big Bill y usted?

—Ninguno. Naturalmente, habíamos discutido alguna que otra vez, especialmente porque a mí no me gustaban sus métodos; siempre he sido enemigo de la violencia inútil, pero él sabía que yo era el jefe y nunca sucedió nada desagradable entre los dos.

—Está bien, falta saber si conoce usted el paradero de ese pájaro antes de pasar a otro.

—Lo último que supe de él, fue que se había comprado una taberna en Clark Street, hace un par de años. La taberna se llamaba «Big Tabern».

—Iré a tomar una copa —mascullé entre dientes.

—Molton... —Estuvo unos instantes pensativo y luego añadió con voz concentrada—: Era el más inteligente de todos, introvertido; no le gustaba hacer amistad con nadie y tenía un carácter brusco y desagradable. Pero era leal con los compañeros. No creo que sea él quien me ha amenazado ahora.

—¿Dónde vive en la actualidad?

—No lo sé. Quizá Big Bill pueda decírselo.

—Imagino que tampoco con Molton tuvo usted dificultades...

—En absoluto, al igual que los otros, se llevó su parte y desapareció.

—Okey, sigamos con el desfile.

—También estaba Jones, un hombre ya mayor, completamente distinto de Molton. Era ruidoso y alegre, aficionado a las armas, aunque él aseguraba que no le gustaba utilizarlas. Por aquel entonces estaba casado con una muchacha que regentaba una pequeña tienda de perfumería en alguna parte de Alison Drive, pero no parecía que las cosas fueran muy bien entre ellos.

—¿Tampoco sabe dónde puedo encontrarlo?

—No tengo la menor idea. Recuerde que desde que me echaron el guante todos ellos se esfumaron. Tan sólo en los primeros años de mi encierro tuve alguna que otra noticia de Jones y de Bunton.

—Hábleme de este último.

—No hay mucho que decir de él. Apenas si lo conocía. Había entrado a formar parte de la cuadrilla sólo para el asalto a la fábrica. Era silencioso y listo, muy joven, apenas si contaría veinte años por aquellas fechas. Pero demostró que era de los buenos, usted sabe... Su serenidad y carencia de nervios daban escalofríos.

—¿Ya no hay más?

—No. ¿Cree que podrá encontrarlos partiendo de esos datos?

—Lo intentaré, empezando por Big Bill, si todavía tiene la taberna. Bien, Tregenza, olvidemos a esos tipos por unos minutos y vayamos a otra posibilidad. Supongo que usted ya ha intentado recordarlo, pero es muy importante saber si, aparte de los miembros de su organización, pudo existir alguien más capaz de odiarle hasta el extremo de esperar dieciocho años para matarlo. ¿Se le ocurre algún nombre?

—No...

Lo dijo de una manera extraña que llamó mi atención, de manera que insistí:

—¿Sí o no, Tregenza? No puedo hacer mucho si usted empieza por callarse datos que pueden ser importantes.

—Eso es ajeno al asunto.

—¿Qué?

—No quiero ni discutirlo siquiera.

Encendí un cigarrillo y después mascullé:

—Tal vez prefiera usted desperdiciar su dinero. Tendré que averiguar por mi cuenta lo que usted me oculta. Necesito conocer su vida pasada tan bien como usted mismo, y la reconstruiré con su ayuda o sin ella. Cuando trabajo lo hago bien y a mi manera, ¿comprende, Tregenza?

Lo comprendió. Y lo pensó durante unos segundos.

—Está bien —gruñó finalmente—. Cuando me echaron el guante yo estaba casado...

—¡No me diga!

—Ella era muy joven entonces... diecinueve años, creo. Nunca supo mis verdaderas actividades hasta que fui detenido. Vino a verme a la prisión y... Bueno, me hizo una escena terrible. Me maldijo... y pidió la separación inmediatamente. Como es lógico, no encontró ninguna dificultad para obtenerla.

—¿Cómo se llamaba esa mujer?

—Katherine Wilson... Kate... —suspiró, como sumido en un ensueño—. Era una criatura deliciosa, Ripley. Dulce y apasionada... no supe comprender lo que tenía entre mis manos por entonces... Yo era demasiado loco.

—¿Por qué no quería hablarme de ella, teme que sea quien ha escrito el anónimo?

—Ella jamás haría una cosa semejante. Naturalmente, me odió al descubrir cómo la había mantenido engañada. Sufrió de manera terrible con el escándalo... pero no puedo creer que su odio haya vivido todos esos años sediento de venganza. Ella... Bien, era demasiado buena.

—¿Qué fue de la muchacha después de separarse de usted?

—No lo sé. Imagino que debió cambiar de domicilio y de nombre para empezar una nueva vida sin que la gente la señalase con el dedo.

—Quizá sus abogados... ¿sabe qué picapleitos tramitó el divorcio?

—Un tipo llamado Avery.

—Veré si por medio de él logro encontrarla. Si sus informes son correctos, ahora debe contar alrededor de treinta y siete años, ¿no es cierto?

—Sí.

—¿Tenía familia con la que hubiera podido irse a vivir?

—Vivía su padre, y una hermana menor, una niña por aquella época. Se llevaban ocho o diez años de diferencia. Vivían en una pequeña casita en Melrosse Street, aunque no sé el número, lo he olvidado.

—Sabiendo el nombre y la calle será fácil averiguar si todavía ocupan la misma casa. ¿Alguien más con motivos para desear verle muerto, Tregenza? Recuerde que cualquier detalle que me oculte va contra su propia seguridad.

—Nadie más —aseguró—. Por lo menos, que yo recuerde en estos instantes.

Me levanté aplastando el cigarrillo en el cenicero.

Antes de despedirme apuré hasta la última gota de *whisky* y tras esto estreché la mano a mi cliente.

—Le informaré periódicamente —dijo—. Usted es lo bastante listo para que no tenga que indicarle qué precauciones debe adoptar estos días, ¿verdad?

—Sabré cuidarme. Además, no pienso darle oportunidades al bastardo que quiere mi pellejo. Me propongo permanecer en casa de continuo.

Me acompañó hasta la salida sin que su mujer apareciese por ninguna parte. Por lo visto, la dama no confiaba mucho en mí...

CAPÍTULO III

Mediaba la tarde cuando localicé la taberna de Big Bill, en Clark Street. Era un local estrecho y largo, con espejos en la pared de la derecha y un sucio mostrador a la izquierda, tan largo como el establecimiento.

Pero al fondo de éste, un salón de regulares proporciones le daba forma de T. En el salón había cuatro billares y un par de máquinas tragaperras en un rincón.

Después de dar una vuelta de reconocimiento, me acodé en el mostrador y cuando el mozo acudió le pregunté directamente por Big Bill.

Arrugó el entrecejo.

—Está jugando una partida —dijo—. No le gusta que le molesten cuando apuesta.

—¿Cuál de ellos es?

—El más calvo.

Anduve otra vez hasta el fondo. El hombre más calvo de los que jugaban en los billares tendría poco más o menos la misma edad de Tregenza, estaba en mangas de camisa y el sudor ensuciaba ésta visiblemente.

Big Bill tenía las facciones abultadas, con gruesas bolsas bajo los párpados, unos labios prominentes y ojos desprovistos de toda expresión, pálidos y crueles. Un mentón hundido delataba en él una debilidad de carácter que en vano trataba de disimular con la agresividad de sus actividades.

Estuve viéndole jugar un par de minutos. Cuando terminó su tacada y se recostó en el largo taco me acerqué a él.

—¿Big Bill? —pregunté.

—Sí.

—Quiero hablar con usted.

—Hable —rezongó—. Pero no espere que lo haga yo mientras tenga esta partida en marcha. Hay cinco *pavos* en juego, compadre.

—Suspenda la partida, Big; mi tiempo vale dinero.

Me miró de reojo, con cierto interés divertido en sus ojillos de rata.

—¿De dónde sale usted, hombre? —exclamó—. Lárguese o espere a que termine.

—Si me largo tendrá que suspender la partida para responder al interrogatorio de la policía. A ellos no podrá decirles que esperen.

Se enderezó un poco, dejando de apoyarse en el taco.

—Nada de policía. Estoy limpio, ¿sabe? No tienen nada contra mí. No me asusta con esa tontería.

—Usted fue socio de Enrico Tregenza. Eso todavía interesa a las autoridades.

—¿Qué demonios...?

Se interrumpió, mirándome como si quisiera atravesarme. Pero calló a tiempo. Su compañero de juego dijo:

—Vamos, Big, te toca jugar a ti.

El tipo titubeó unos segundos, pero acabó decidiéndose a jugar.

Esperé pacientemente, seguro de haberlo preocupado más de lo que quería dar a entender.

Jugó muy mal y no pudo contener una maldición al apartarse de la mesa. Volvió a mi lado y refunfuñó:

—¿Quién es usted?

—Trabajo para Tregenza. Y ya he perdido demasiado tiempo. Si lo prefiere hablaré aquí mismo, delante de todo ese auditorio.

—Está bien, espere.

Se acercó a su compañero de juego y le dijo algo en voz baja. El otro hizo un gesto de protesta, pero dejó de darle a las bolas para mirarme con disgusto.

Tras esto, Big Bill dejó el taco en un soporte y gruñó:

—Venga conmigo.

Me guió hasta un rincón del salón, empujó una puerta y esperó a que entrase antes de cerrarla con llave.

—Bueno, ¿y ahora qué? —rezongó, yendo a sentarse tras un desvencijado escritorio.

—¿Sabía usted que Tregenza salió del penal hace unos días?

—Lo leí en el periódico.

—Y le mandó usted una nota de felicitación, supongo.

—¿De qué está hablando? —estalló—. Maldito si me importa la libertad de ese bastardo. Por mí podía haberse podrido en San Quintín.

—Al parecer, no guarda usted un buen recuerdo de su antiguo jefe, ¿eh, Big?

—¡Al diablo con eso! Se embolsó la parte del león. Nos dio las migajas y... Pero no creo que deba hablarle a usted de eso. Puede ser un apestoso polizonte.

—No te preocupes; Tregenza me ha contado el asunto de arriba abajo. Ya te he dicho que trabajo para él.

—Pero todavía no sé quién es usted. O qué es...

—Tu ex jefe ha recibido una carta —dije, sin responder a su pregunta—. Parece ser que tú eres el autor, y si es así vas a pasarlo muy mal, Big. Esa carta es una amenaza de muerte, y muy expresiva, por cierto.

Sus ojos apenas si parpadearon, mirándome con la fijeza de una serpiente.

—¿Una amenaza de muerte? —repitió como un eco—. Vaya, vaya... ¿Por qué cree que la he escrito yo?

—Hay algunos detalles que lo indican. Y ahora, basta de rodeos, palurdo. Ya hemos perdido demasiado tiempo. Esa carta...

Se levantó pesadamente. Rodeó la mesa y se acercó a mí con actitud poco tranquilizadora.

—Voy a decirle algo —gruñó, deteniéndose—. Dígale a Tregenza que cuando el autor de la carta cumpla su amenaza me emborracharé para celebrarlo. Y ahora, fuera. Largo de aquí si no quiere que lo aplaste. Vuelva al lado de su amo y quédese allí hasta que lo maten.

Su rostro había enrojecido y su mirada era una rendija cruel y peligrosa.

—Estás muy viejo para esos desplantes, Big...

Me interrumpí para descargarle un golpe corto en la barriga que lo tiró contra la mesa, donde quedó sentado.

Boqueó en busca de un poco de aire y no emitió ni un sonido durante unos instantes.

—Ya sé que te gustaba hacer daño en tus buenos tiempos...

siempre que tuvieras todos los triunfos en tu mano —le espeté, recordando las palabras de mi cliente—. Pero han pasado demasiados años para que puedas medirme conmigo. ¿Qué hay de esa carta, Big Bill?

—¡Hijo de perra! —jadeó—. Voy a...

Se enderezó dolorosamente. Casi me dio pena dispararle un rechazo bajo el mentón que lo levantó del suelo como un cohete. Cayó de espaldas sobre la mesa, dio una voltereta y desapareció de mi vista al otro lado. El estrépito fue más que regular, pero él mismo había cerrado la puerta con llave, de manera que no había peligro de interrupciones.

Cuando logró rebullir, sus dedos se engarfiaron en el borde de la mesa. Se izó poco a poco hasta quedar apoyado en ella, respirando con dificultad. Por la manera cómo me miró, comprendí que lo de su crueldad no era una afirmación errónea.

—¿Tienes suficiente para soltar la lengua o seguimos con ese ejercicio?

—Le mataré... ¡Juro que le mataré, bastardo...!

Me eché a reír, un poco inclinado hacia adelante, con la mesa entre los dos.

—Tu época pasó, Big. Ya no estás en forma... ni yo soy una víctima propiciatoria. Al escribir esa carta jugaste demasiado fuerte. Debiste pensar que Tregenza no se quedaría quieto, esperando tu visita. Además, utilizaste el Correo de los Estados Unidos para remitir amenazas. Eso es un delito federal, cosa que debiste haber calculado a tiempo. Los inspectores postales son muy quisquillosos con los tipos de tu especie.

Por primera vez pareció asustado.

—Mire —rezongó—, no sé quién diablos es usted, pero si es un polizonte del Correo está equivocado. Yo no mandé esa carta. ¿Cree que soy tonto? Además, no tengo nada contra Tregenza.

—¿En qué buzón la echaste, Big? Cuantas más dificultades opongas será peor para ti.

—¡Maldita sea! No mandé ninguna amenaza...

—El sobre lleva el matasellos de la oficina de este sector.

Palideció. Él no podía saber que estaba utilizando embustes con la esperanza de desmoralizarlo. Manoteó, desesperado, para dar más fuerza a sus protestas.

—¡No me importa dónde fuera echada al correo la carta! En todo caso, no la mandé yo...

—No obstante, odias a Tregenza. Has reconocido que te alegrará que alguien lo mate.

—Seguro. Nos dio las migajas y... ¡Condenación! No quiero hablar de eso.

—¿Prefieres que te salte los dientes?

—¡Pero usted debe de estar loco! No puede golpearme... tengo mis derechos... ¡Pago mis impuestos, maldita sea! Soy una persona decente desde hace muchos años.

—Un comerciante honesto, ¿eh? —Me eché a reír—. Hasta pagas impuestos... Creo que será mejor llevarte al lugar donde debes estar. Allí te arrancarán la verdad de una maldita vez. ¿Dónde tienes tu chaqueta?

Eso lo derrumbó. Dejóse caer en el sillón y gimió entre dientes.

—Bis una locura —resopló entre dientes—. No mandé esa carta. Si alguien la echó en un buzón de estas proximidades tal vez lo hizo para comprometerme... No sé... ¡Pero juro que no fui yo! ¿Por qué no me cree? Ahora vivo bien, tengo un negocio y hace muchos años que dejó de meterme en líos...

O era un actor consumado, o su vehemencia era sincera. Además, demostraba ignorar la manera cómo la carta había llegado a manos de Tregenza...

—¿Dónde puedo encontrar a Molton? —le espeté, cambiando bruscamente de tema.

Respingó, esperanzado.

—¡Eso es! —jadeó—. Los otros... ¡Cualquiera de ellos! ¿Cómo no se me habrá ocurrido antes?

—Empecemos por Molton.

—No sé... Desde que nos separamos no volví a saber de él...

—¿Y los demás? Jones... y Bunton.

—Jones también desapareció. Bunton tiene una pequeña estación de gasolina en Misión Road, cerca de North Main.

Era evidente su alivio al poder encaminar mis sospechas hacia los otros compinches. Incluso haber olvidado los golpes recibidos.

—Veré a Bunton —dije—, pero no he terminado todavía contigo, Big. Volveremos a vernos y entonces quizá tenga algo más sólido con que agarrarte.

Di media vuelta y me dirigí a la puerta. El trotó detrás y me alcanzó cuando daba vuelta a la llave.

—¡Espere un minuto! —exclamó—. ¿Quién es usted?

Evidentemente, temía que tuviera que habérselas con un inspector postal. Sólo dije:

—Mi nombre es Max Ripley. Con eso te basta.

Abrí puerta y salí. Él quedóse en el umbral, viéndome atravesar el salón sin darse cuenta que su aspecto no era el más adecuado para aparecer en público. El trastazo en su mentón había dejado claras muestras de su violencia.

CAPÍTULO IV

Detuve el coche junto a uno de los surtidores de gasolina. Un hombre de unos treinta y ocho o cuarenta años, vestido con un «mono» blanco se acercó. Tenía un rostro tostado por el sol, ojos de vivo mirar y conservaba casi todos sus cabellos, que peinaba hacia atrás con evidente descuido.

—Lleno —ordené.

Observé cómo trabajaba. Otro coche se detuvo en el otro poste y un muchacho de unos dieciocho años corrió hacia él.

Esperé a que hubiera terminado de llenar el tanque. Entonces pagué la gasolina y le espeté:

—Usted es Bunton, ¿no es cierto?

—Así me llamo. ¿Nos conocemos tal vez?

—Seguro.

Maniobré el auto para apartarlo del poste y fui a detenerlo a un lado, cerca de la salida. Entonces me apeé y anduve sin prisas hacia él. Observé que me miraba con mucho interés. Al llegar a su lado masculló:

—No recuerdo haberle visto a usted en mi vida...

—Me llamo Ripley. Max Ripley. ¿Dónde podemos hablar?

—Bueno, aquí mismo. No comprendo...

—Si no le importa que alguien oiga nuestra conversación, allá usted. Quiero hablarle de Enrico Tregenza.

Contuvo la respiración durante unos segundos, cogido de sorpresa. Luego expelió el aire con fuerza y sus ojos chispearon:

—Ya veo... —murmuró.

—¿Y bien?

—Temía algo semejante desde que leí que lo habíais soltado...

—¿Todavía quiere que hablemos aquí?

—No quiero saber nada de Tregenza —me espetó, comenzando a ponerse nervioso—. Aquello terminó, ¿comprende? Es agua pasada.

—Tal vez lo sea o tal vez no. De todos modos, usted le mandó una carta hace un par de días. Eso se da de bofetadas con su afirmación de que el pasado quedó atrás.

Desorbitó los ojos, estupefacto.

—¿Qué yo...? ¡Pero hombre, usted está loco! Si precisamente...

Se interrumpió en seco al darse cuenta que el otro coche había partido y que el muchacho que lo atendiera estaba mirádonos. Pareció turbarse más de la cuenta y gruñó:

Creo que será mejor que pasemos a la oficina... ¡Johnny, encárgate del trabajo por unos minutos!

El muchacho sonrió.

—Seguro, papá.

Me desconcertó el descubrimiento. De manera que Bunton era el padre de un chico de casi veinte años... Empecé a comprender sus reticencias.

Tan pronto hubo cerrado la puerta de la pequeña oficina se encaró conmigo con los ojos chispeantes.

—Sólo accedo a escucharle para evitar peores males. Mi hijo no sabe nada de mi pasado ni quiero que lo sepa, ¿comprende?

—No depende de mí el evitarle disgustos con su hijo, Bunton. Debí pensar en él antes de escribir esa condenada carta.

—¡Maldita sea! Pero si yo no escribí ninguna carta a Tregenza... En realidad, hace meses que no escribo a nadie... ¿Qué demonios pasa con él? Acaba de salir del penal y ya anda buscando complicaciones...

—Más bien alguien anda buscándoselas a él, Bunton. Esa carta de que le hablo es una amenaza de muerte.

Respingó. Todos sus ademanes eran de completo asombro.

—Caray, y cree que yo la escribí... O él o usted deben haber perdido el juicio. Apenas conocí a Enrico... ¿Le ha hablado él de nuestra... asociación?

—Con todo detalle.

—Bueno, entonces ya sabrá que no nos unía ninguna amistad. Hicimos un «trabajo» juntos y nos separamos. Sólo tuvimos contacto para esa operación. Yo no tenía ni veinte años por aquel entonces, era un cabeza loca y me lió, eso es todo.

—Y con su parte del asalto adquirió esta estación de gasolina. Me parece que su «cabeza loca» funciona muy bien, amigo.

—No diga más estupideces. El producto del asalto no me duró ni un año. Al separarnos me marché a Florida, dándome la gran vida. Creía que aquella pequeña fortuna iba a durarme toda la eternidad y algo más. Jugué y llevé a cabo todas las locuras que se me ocurrieron... Al año no tenía un centavo.

—¿Y...?

—Bueno... Regresé a casa con las orejas gachas. Estuve una temporada descentrado, ¿comprende? Luego, me enamoré. Janet era una gran chica y supo domesticarme, usted sabe... Bien, enderecé el rumbo y trabajé como una bestia hasta reunir unos ahorros. Hace menos de tres años que compré este negocio. Acabé de pagarlo hace apenas seis meses. Lo llevamos mi hijo y yo y nos va bastante bien. ¿Cree que en estas condiciones me arriesgaría a perder lo que tanto me ha costado ganar sólo para ajustarle las cuentas a Enrico?

—¿Qué cuentas?

—Demonio, en realidad no tengo nada que ajustar con él. Sólo que se quedó con la parte del león en el reparto. Pero eso es historia. Ha muerto para mí.

—¿Vive su esposa?

—Naturalmente. Y la adoro. Formamos un matrimonio feliz, y el chico es muy diferente de lo que era yo a su edad. Le gusta trabajar. Sea lo que sea que se llevan ustedes entre manos, no permitiré que pongan en peligro mi hogar. ¿Ha comprendido bien eso, Ripley?

—Perfectamente. Si no ha escrito usted el anónimo no tiene nada que temer. Pero si me ha mentido lo averiguaré... y no habrá hogar capaz de detenerme. Entienda usted también esto.

—Muy bien, investigue todo lo que quiera. Pero no vuelva a acercarse por aquí. Todavía puedo echar a un tipo de cabeza a la carretera si me obligan.

—Tómelo con calma, Bunton. No está usted en condiciones de dársele a matón.

Abrí la puerta, dispuesto a dejarle. Pero entonces me volví en redondo y le espeté:

—¿Dónde cree que puedo encontrar a Jones o a Molton?

—No he vuelto a saber de ninguno de ellos en todos estos años.

Ni quiero saber nada. Lárguese y déjeme en paz.

—Bueno, bueno... Veremos.

Me siguió con la mirada cuando me dirigí a donde había dejado el coche. Al ponerlo en marcha y sacarlo del estacionamiento, pude ver que todavía estaba plantado a la puerta de la oficina, con el ceño fruncido y una expresión preocupada en su atezado rostro.

Conduje sin prisas hacia el centro, aprovechando el viaje para reflexionar. No parecía que hubiera sacado nada en limpio hasta el momento. Mi instinto me llevaba a creer en la sinceridad de Bunton. Un hombre en su situación familiar y afectiva no se complica la vida con viejos rencores. Quizá odiase todavía a Tregenza por haberse embolsado la mitad del botín, pero ni siquiera por un odio semejante era sensato pensar que hubiera decidido matarle sin más ni más.

Big Bill era un caso aparte. También él tenía su negocio y arriesgaba mucho con un atentado contra su antiguo jefe, Pero era un individuo de carácter más belicoso. Violento y brutal, roído por los vicios, casi un degenerado a juzgar por su expresión. Habría que tenerlo en cuenta en el futuro.

Cayó la noche antes de llegar a mi oficina, donde sólo estuve el tiempo justo de comprobar que no había ningún aviso urgente. Era ya demasiado tarde para seguir buscando a los otros dos compinches, de manera que cené en el lugar de costumbre, me entretuve leyendo el periódico de la noche y al fin me encaminé al «Sandy's»,

el bar cercano a la Jefatura donde solían reunirse los detectives libres de servicio y los reporteros de sucesos en busca de noticias frescas.

Como de costumbre, estaba lleno a rebosar y una espesa niebla de humo de tabaco flotaba en el aire, desdibujando los contornos del local. El rumoreo de las conversaciones semejaba un avispero en plena actividad. De vez en cuando, la voz aguda de alguien que llevaba demasiado *whisky* en el cuerpo rompía el monótono zumbido, pero nadie hacía caso del alborotador.

Recorrí toda la extensión del mostrador buscando un lugar libre o una cara conocida.

Al final de la barra, junto al recodo, una mano se agitó en el aire.

—¡Max! —aulló alguien—. ¡Max, aquí!

Me abrí paso hasta descubrir la eufórica cara de Jayson, un sagaz reportero del «Times». Pude situarme a su lado con dificultad.

—Escuché tu declaración el otro día, Max —anunció—. Me diste material para un buen artículo, ¿sabes? En consecuencia, toma lo que quieras a cuenta del periódico.

—Tu papelucho es sumamente generoso algunas veces... Un *whisky*, Sandy —pedí al pelirrojo que se movía detrás del mostrador—. Que sea doble ya que paga el «Times».

Jayson hipó.

—Creo que he bebido demasiado —refunfuña.

—Eso no es nada sorprendente en ti.

—No empecemos. ¿En qué estás metido ahora?

—En nada. Vacaciones forzosas.

Sandy trajo el pedido y saqué el licor dejándome acariciar por el pastoso ambiente del lugar. Era una cosa curiosa la que experimentaba allí dentro. El humo escocía los ojos y apenas si le dejaba a uno respirar. El runruneo de las voces era cada vez más fuerte y penetraba en los oídos como un ariete persistente. Y a pesar de todo, uno se encontraba bien en medio de semejante barahúnda. Quizá porque casi todos los clientes eran hombres de acción, más o menos violentos y desprovistos de complejos, o tal vez porque nunca aparecía por allí ninguna mujer capaz de sembrar la discordia entre los miembros de tamaña comunidad...

—¿Conoces al teniente Kelley?

La voz de Jayson me devolvió a la realidad.

—¿Quién es ese Kelley?

—Un nuevo camarada de Jacobs...

Entonces recordé al policía que conociera a la salida del tribunal. Hice una mueca de disgusto.

—Seguro —dije—. El tipo que odia a los detectives privados.

—No sabía eso —rió Jayson.

—¿Qué pasa con él?

—Acaba de apuntarse un buen tanto, tú sabes... Ha empezado a trabajar con mucho ímpetu.

—¿Y qué? Ya perderá el gas dentro de poco tiempo. Especialmente si inquieta a los peces gordos del hampa.

—Quizá se lleven una sorpresa. Anoche arrasó una *timba*

perteneciente a Richard Downes. Y Downes es «alguien» aquí, ¿eh?

—Bueno...

—Nada de «bueno». Encarceló a los empleados y a más de la mitad de los jugadores.

Te aseguro que los «puntos» no estaban precisamente como para ser entrevistados.

—¿Sabía Kelley que el tugurio pertenecía a Downes?

—¡Oh, seguro que lo sabía! Y dio la chiripa que en el registro encontró más de una libra de opio, oculto en el falso fondo de un armario. Creo que Downes tardará una buena temporada en asomar la nariz fuera de su escondrijo.

—De manera que Kelley se ha apuntado un éxito de buenas a primeras, ¿eh?

Una nueva voz exclamó, detrás de mí:

—Puedes jurarlo, Max.

Giró la cabeza, sólo para tropezar con los ojos burlones del teniente Jacobs.

Esperó a que estuviera encajado entre Jayson y yo para espetarle con cierta burla:

—Deberías sentirte avergonzado de que un forastero venga a darte lecciones.

—Tonterías. No pertenece a mi Brigada.

—No importa. Downes era tan delincuente anoche como hace un mes. Y nadie se había atrevido nunca a inquietarlo... legalmente.

—Excepto tú, ¿eh? Ya imaginaba que me dirías algo semejante.

—Yo no he dicho eso. Nuestro encontronazo fue algo accidental.

Jayson soltó una risita y comentó:

Pero que le costó los dientes a Downes. Se los hiciste tragar.

—Sólo porque me hicieron trampas. Casi lograron desplumarme antes que me diera cuenta. Pero yo hablo de la Ley con mayúsculas, Jacobs.

El teniente se encogió de hombros y pidió una cerveza. Cuando la tuvo delante carraspeó:

—Kelley es un gran tipo —bebió un sorbo, saboreándolo, y añadió—: Hemos hecho una buena adquisición con su venida.

—Eso será desde tu punto de vista —rezongué—. Imagino que todos los detectives privados de San Francisco han organizado el día de acción de gracias por haberse librado de él.

Jacobs rió, atragantándose con la cerveza. Yo acabó con el *whisky* que quedaba en mi vaso.

El reportero dijo:

—Presiento que vas a tener dificultades con él, Max... Quizá entre los dos me proporcionen material para un par de crónicas.

—Vete al infierno.

Siguieron riéndose a mi costa por espacio de otro minuto. Luego, Jayson recordó que era reportero y, desentendiéndose de mí, le preguntó al teniente:

—¿No le han echado el guante a Downes todavía?

—No, pero no tardará en caer. Kelley sabe muy bien lo que se lleva entre manos y lo cazará. Ese opio que guardaba va a proporcionarle muchos disgustos.

Salté del taburete, fastidiado.

—Estoy harto de oír el nombre de Kelley —estalló—. Un poco más y lo convertirán en un héroe nacional. ¡Bah! Un tipo que odia a los detectives privados...

Jacobs comentó, burlón:

—Puedo asegurarte que no es el único policía con esos sentimientos, Max...

—Al diablo con los polizontes.

Estaba riéndose fuerte cuando me alejé. Bueno, que se riera. Otras veces le había dado motivos para maldecirme. Un poco de diversión no le haría ningún mal.

CAPÍTULO V

Cuando llegué a casa oí el timbre del teléfono que sonaba con insistencia. Abrí la puerta a toda prisa, temiendo que se cortara la comunicación antes que pudiera descolgar el auricular, pero tuve tiempo de tomarlo y escuchar la excitada voz de Tregenza, chillona y apremiante:

—¡Maldito sea, Ripley! ¿Dónde estaba usted metido? Hace más de una hora que trato de comunicarme con usted.

—Cálmese. ¿Qué pasa?

—¡Venga inmediatamente!

—¿A su casa?

—¡Claro que a mi casa! No me han volado la cabeza de puro milagro.

Estuve a punto de soltar el auricular, estupefacto.

—¿Cuándo le han disparado?

—Hace una hora. Inmediatamente he intentado comunicarme con usted y...

—¡Está bien, está bien! Tenía trabajo. ¿Cómo lo han hecho?

—No vamos a pasar la noche hablando por teléfono. Venga aquí.

—Okey, salgo ahora mismo.

Colgué, desconcertado. No se me había ocurrido que el asesino actuase tan pronto. Teniendo en cuenta la naturaleza del anónimo, uno podía sospechar que el tipo iba a martirizar un poco a Tregenza antes de descargar su golpe. Eso hubiera sido una venganza más propia de quien ha estado aguardando durante dieciocho años para liquidar a un tipo.

Encontré al ex «gángster» excitado, pálido y asustado. Cerró la puerta de golpe tan pronto hube entrado y me miró acusadoramente, como si fuera yo quien había intentado matarle.

—Entre —gruñó—, verá la nueva tarjeta de visita que me ha mandado ese hijo de perra...

En el saloncito que ya conocía estaba su esposa, esperándonos con cara de preocupación. Apenas si tuve oportunidad de saludarla, por cuanto Tregenza me arrastró hacia una estantería llena de libros y señaló el lomo de uno de ellos.

—Vea esto —indicó con voz quebrada.

Señalaba un orificio perfecto causado por un proyectil.

—¿Ha tocado ese libro?

—¿Tocarlo? —exclamó—. ¿Qué espera, encontrar huellas digitales? No sea ridículo, Ripley...

—Espero encontrar la bala justo en el lugar en que se haya detenido. Así sabremos su fuerza de penetración y podremos calcular la clase de arma que ha utilizado su amigo.

—Ya veo... No, nadie ha tocado.

Lo saqué del estante y abriéndolo comprobé que la bala se había detenido después de hundirse hasta más de la mitad del libro.

—Un buen impacto —comenté entre dientes—. Revólver «38» y de cañón largo. Un cañón corto no hubiera penetrado tan profundamente...

—No hemos oído ninguna detonación. Sólo el saltar de los cristales y el aullido de la bala.

—Hay silenciadores muy eficaces para revólver. Así que han disparado a través de la ventana...

—Seguro. Mitzi y yo estábamos sentados en el diván, después de cenar...

—Yo estaba leyendo una revista —intervino la mujer—. Enrico comentaba algo y de repente... ¡Dios santo! He tenido un susto de muerte.

Me acerqué a la ventana. El cristal del centro estaba roto. Desde allí calculé la trayectoria del balazo, fijándola con la posición del libro en la estantería.

—Muy alto —rezongué de mal talante.

—¿Y qué? La próxima vez puede afinar la puntería.

—Tranquilícese. No creo que haya querido matarle, Tregenza... Por lo menos, esta noche.

—¿Qué demonios está diciendo?

—Fíjese en la trayectoria de la bala... Incluso suponiendo que

haya roto este cristal por la parte más alta del agujero, cosa muy improbable, el proyectil iba de abajo arriba. No podía acertarle ni siquiera por casualidad. Llevaba una ligera desviación y...

—¿Qué cree, que todo el mundo ha aprendido a disparar en una academia?

—Déjese de tonterías. Ese tipo quiere jugar con usted, ¿comprende? No desea matarle al primer tiro, sino que pretende asustarle, volverle loco de terror y entonces darle el golpe definitivo.

—¡Todo esto no son más que fantasías tuyas! ¿Por qué tendría que hacer una cosa tan estúpida?

—Por odio.

—¿Qué?

—Reflexione un poco, Tregenza. Ese individuo, sea quien sea, ha aguardado durante dieciocho años, alimentando su odio contra usted, planeando su venganza, puliendo hasta los más insignificantes detalles de su muerte. ¡Dieciocho años cargados de odio! ¿Cree que puede quedar satisfecho si se limita a pegarle un tiro sin más ni más? Para eso no tenía necesidad de mandarle a usted el anónimo. Podía haberle descerrajado un balazo cuando estuviese más desprevenido y asunto terminado.

—Ya veo...

—Apuesto lo que quiera que seguirá mandándole anónimos, incluso es posible que realice otro intento fallido para terminar de derribar su serenidad... En una palabra: Quiere jugar con su vida hasta que se considere satisfecho. Entonces le matará.

—Es usted un fenómeno animando a sus clientes, Ripley —farfulló entre dientes, indignado—. ¿Qué ha estado haciendo durante todo el día?

—Bueno, he tenido una movida entrevista con Big Bill... No es un tipo muy sociable, usted sabe...

—Es un pedazo de bestia. ¿Qué ha sacado en limpio?

—Aparte de propinarle un par de golpes, muy poco. Le odia a usted, sin la menor duda. Pero al parecer ignoraba la manera cómo el anónimo había llegado a esta casa.

—Explíqueme eso.

—He planteado la cosa como si la carta hubiera sido remetida por correo, lo cual, al ser una amenaza de muerte, hubiera

desencadenado la intervención de la policía de Correos. Es un delito federal, ya sabe... Bueno, eso no le ha gustado, ni siquiera cuando le he dicho que la carta había sido depositada en un buzón cercano a su taberna.

—¿Y qué? Puede haber estado fingiendo.

—Naturalmente. No lo he descartado ni mucho menos.

—¿Dice que ha tenido que sacudirle un poco?

—Sí.

Esbozó una sonrisa divertida.

—Debe haber encajado como de costumbre. Sólo pegaba a los más débiles que él en sus buenos tiempos...

—También he localizado a Bunton.

Le conté mi entrevista con el dueño de la gasolinera. Pude ver su desencanto a medida que avancé en mi relato.

Después masculló:

—De manera que un matrimonio feliz y un hijo que trabaja con él... Sí, creo que Bunton era el tipo de hombre de su casa...

—Tampoco siente ninguna simpatía por usted, Tregenza.

—Estoy empezando a darme cuenta que no hay una sola persona que simpatice conmigo... Ni usted, ¿eh, Ripley?

—No me paga para que sienta simpatía por usted, sino para que trate de cazar al hombre que quiere matarle.

—Seguro, pero podría mostrarse un poco más humano... si es que en realidad sabe lo que es eso.

—Déjese de historias —le espeté, fastidiado—. ¿Piensa dar cuenta a la policía del atentado?

—¿Para qué?

—Ellos podrían seguir la pista del arma que ha disparado esa bala.

—Tonterías. No conseguirían nada. No, Ripley; voy a dejar las cosas como están. Siga usted trabajando... y no desperdicie el tiempo.

—No lo hago —gruñí, levantándome del respaldo del diván, donde me había sentado antes—. Déjeme aconsejarle que no se arriesgue estúpidamente en el futuro. Nada de sentarse ante las ventanas, con la lú encendida. Ni pasear por el jardín durante la noche, ni...

—Yo sé muy bien lo que he de hacer —me atajó de mal talante.

Encogiéndome de hombros, abandoné la posición detrás del diván y regresé junto a la ventana, abriéndola sin más comentarios.

La oscuridad del jardín era apenas una mancha negra. La lejana luz de la calle recortaba las siluetas de algunos árboles, pero no llegaba hasta los macizos de flores ni los recortados arbustos.

Pero frente a la ventana había un recuadro al que la luz de la estancia alumbraba brillantemente. El tirador había debido situarse justo al borde del recuadro luminoso para alcanzar su ángulo de tiro.

—Podían haberlo visto ustedes —mascullé.

Estuve tentado de saltar fuera para reconocer el terreno, pero comprendí que sería una pérdida de tiempo. El revólver no expulsa, las cápsulas vacías, y estaba demasiado oscuro para buscar huellas de pies.

Además, estaba seguro que un tipo que había tenido dieciocho años de tiempo para planear el atentado no había dejado huella alguna de su paso.

—No puedo hacer nada más aquí —decidí—. Me llevo la bala, Tregenza. Trataré de averiguar qué marca de revólver la ha disparado.

—¿Cree que podrá conseguirlo?

—Tengo amistades... peritos en balística.

—No se le ocurra meter a la policía en esto o no hay trato, ¿entendido?

—¿Cree que deseo perder ese montón de dólares?

Traté de reír, pero sólo conseguí una especie de gruñido.

Al apartarme de la ventana tropecé con los ojos oscuros de la mujer, entrecerrados y fijos en mí. No cabía duda que no simpatizaba conmigo. O quizá pensaba que su marido estaba despilfarrando el dinero al contratarme.

Tras despedirme de ella, mi cliente me acompañó a la salida sin más palabras. Estaba demasiado inquieto.

Fue al llegar al vestíbulo cuando lo descubrimos. Ambos nos detuvimos en seco, como paralizados. De la garganta de Enrico surgió un largo suspiro que acabó convirtiéndose en una especie de estertor.

El sobre estaba en el suelo, blanco, rectangular, inofensivo. Pero era indudable que había sido empujado por debajo de la puerta.

—No estaba ahí cuando usted ha llegado —gimió.

—Bueno, parece que le ha impresionado más de la cuenta — comenté, agachándome para tomar la carta.

El mensaje era tan lacónico como el primero:

Esta vez solo ha sido un ensayo, Enrico, una manera de demostrarte que puedo llegar hasta ti siempre que se me antoje.

El próximo balazo quizá sea el definitivo. O quizá prefiera cortarte la garganta. En todos estos años he preparado distintos procedimientos. Te mataré con cualquiera de ellos.

CAPÍTULO VI

Perdí una buena parte de la siguiente mañana tratando de localizar la perfumería de Alison Drive, que según Tregenza pertenecía a la mujer de Jones. No abrigaba muchas esperanzas por ese lado. En dieciocho años podía haber cambiado de dueño varias veces, y si era así la cadena de un cómplice a otro quedaría rota.

Cuando encontré el establecimiento vi que era una de esas tiendas pequeñas y lujosas, con decorado un poco chillón, pero con evidentes toques femeninos. Al empujar la puerta, un soplo de perfume me asaltó agradablemente.

Había una muchacha muy joven detrás del mostrador, y una mujer de unos cuarenta y tantos años sentada al lado de la caja, enfrascada en la lectura de una revista cinematográfica. Apenas si me dedicó una indiferente mirada, para hundirse nuevamente en la lectura.

La joven y bonita empleada sonrió de manera profesional, pero su sonrisa se petrificó al ver que no le prestaba atención y me dirigía directamente a la mujer de la caja.

Ésta acabó por darse cuenta que yo no era un cliente normal y levantó la cabeza, disgustada por verse interrumpida en su apasionante lectura.

—Usted debe ser la propietaria de la tienda, ¿no es cierto? —empecé, con mi mejor sonrisa.

—Sí.

—¿Cuánto tiempo hace que la tiene?

—¿La tienda? —Hizo un gesto ponderativo antes de añadir—: He perdido la cuenta de los años... pero por lo menos veinte.

—Eso me ahorra mucho trabajo. Ando buscando a un tipo llamado Jones. Tengo entendido que es su esposo, señora...

Soltó la revista de golpe. Su rostro de matrona bien conservada se crispó en una mueca de furia.

—¡No me hable de semejante granuja! —estalló—. Dejó de ser mi marido hace tantos años que ya ni lo recuerdo.

—No obstante, necesito encontrarlo. ¿Se divorciaron?

—¡Naturalmente! Era insoportable.

—¿Dónde está ahora?

—¡Vaya pregunta! No lo sé. Ni quiero saberlo.

—Pero tengo entendido que era un individuo alegre, divertido...

Bufó igual que una pantera furiosa.

—¡Alegre y divertido! Era un sinvergüenza como no ha existido otro. Despilfarrador, con demasiada afición a todas las faldas que se cruzaban en su camino. ¡Un perfecto canalla, eso es lo que era!

—Está bien, no se altere... ¿Sabe a dónde se dirigió cuando se separó de usted?

—No tergiverse las cosas, joven. «Yo» me separé de él, ¿entiende? Lo eché a puntapiés cuando regresó de su juega monumental...

—Hábleme de eso —insistí, para tirarle de la lengua.

—No veo qué interés puede tener eso a estas alturas, pero no tengo inconveniente en contárselo. Tom llegó una noche tan excitado como una corista. Habló de montañas de dinero... Entonces pensé que debía haber encontrado un infeliz al que le habría estafado hasta los calcetines, aunque le di poco crédito. Siempre andaba pregonando que un día tendría una fortuna y cosas así. Bueno, resultó que era verdad; tenía dinero en grande, ¿comprende? Discutimos sobre la procedencia del capital, se enfureció y desapareció. Estuvo más de seis meses ausente, sin decir una palabra, sin escribirme ni una maldita postal...

Se interrumpió, desbordada por la indignación de tales recuerdos. Esperé pacientemente hasta que prosiguió:

—Cuando regresó estaba hecho una ruina. Había estado en Florida, en Las Vegas y qué sé yo en cuántos lugares más. Conociéndolo, supe que no había hecho esos viajes solo. Siempre encontraba golfas de su misma clase para que le acompañasen... Bueno, el caso es que había despilfarrado todo su dinero. Por eso regresó, usted sabe... Bien, le cerré la puerta en las narices y pedí la separación.

—Y él se fue...

—¡Claro que se fue! Estuvo viviendo una temporada en un hotelucho de mala muerte, hasta que encontró otro de sus extraños negocios y compró un bar. No le duró ni un año. Lo embargaron. De nuevo volvió a dar tumbos de un lado a otro... Lo último que supe de él fue que trabajaba en un club llamado «El Sombrero Rojo», pero hace años de eso. No creo que esté allí todavía... No podía conservar un empleo más de dos meses seguidos.

—Ese *cabaret* está en Santa Mónica, cerca de la costa...

—Eso es. Pero es inútil que vaya allí. Dios sabe dónde andará, si es que no ha reventado ya en cualquiera de sus borracheras.

—¿Recuerda usted el nombre de alguno de los amigos de Jones?

—Tenía muchos. Eso de ligar amistad con todo el mundo era uno de sus peores defectos. No le importaba la clase de gente con la que se mezclaba, a pesar de que la mayoría de sus líos eran producidos precisamente por los que se aprovechaban de su estupidez.

—Ya veo... ¿Le habló alguna vez de alguien llamado Tregenza?

—No... No recuerdo ese nombre.

—Está bien, señora. Ha sido usted muy amable.

—Espere un momento. ¿Para qué quiere encontrarlo?

—Quizá para hacerle entrega de una herencia —reí, encaminándome a la puerta.

Detrás de mí sonó un violento jadeo, como el de alguien que está ahogándose. Estuve seguro que aquella dama tendría algo en qué pensar durante una temporada.

Hacer una visita a un *cabaret* como «El Sombrero Rojo» durante la mañana era perder el tiempo, de manera que dediqué las horas siguientes a localizar la casa de Melrosse Street donde habían vivido los familiares de la primera esposa de Enrico Tregenza.

Resultó una tarea laboriosa y que requirió grandes dosis de paciencia, debido a que era una calle con más de dos millas de longitud, con infinidad de curvas, cambios de dirección y cortes que, no obstante, seguían ostentando el mismo nombre.

Pero cuando lo conseguí, después de las seis de la tarde, decidí que había valido la pena tomarse todo aquel trabajo, ya que la mujer que me franqueó la puerta resultó una visión tan deliciosa como uno de esos sueños que uno tiene de vez en cuando, y que

poseen la virtud de trasladarlo a un paraíso de maravilla del que no desearía regresar jamás.

Apenas si habría cumplido los veinticinco años, pero tenía el cuerpo más sugestivo que yo recordaba haber visto jamás, sostenido por unas piernas largas y torneadas por un maestro genial. Una cintura tan estrecha que podría haberse abarcado con mis dos manos realizaba unas caderas rotundas y firmes, sobre las cuales se moldeaba un busto juvenil y agresivo.

Tamaño conjunto de perfecciones estaba coronado por una cabeza orgullosa, de cabellos negros como la noche, ojos profundos y luminosos, de tonalidades violeta, y una boca de labios sensuales y húmedos que producían escalofríos.

—Creo que me he equivocado de casa —balbucí cuando recobré el habla—. Pero no lo lamento después de verla.

—¿Eso es cuanto tiene que decir?

Su voz era profunda, sedosa. Casi como una caricia.

—Bueno, busco a una mujer llamada Katherine Wilson. Ya sé que no puede ser usted... Es demasiado joven y hermosa y...

—Kate es mi hermana —murmuró, cambiando de expresión.

—Su... ¡Demonios!

En realidad, había olvidado las explicaciones de Tregenza respecto a una hermana de Kate, una chiquilla de escasos años en la época de los sucesos.

—¿Por qué le asombra?

—Me ha pillado desprevenido... ¿Su hermana vive aquí con usted?

—No...

—Tengo sumo interés en hablar con ella. Pero ya que estoy aquí, creo que sería muy interesante una charla con usted. Quizá pudiera ahorrarme mucho trabajo.

—Si no hubiese usted mencionado a mi hermana, creería que eso no es más que un pretexto para... Bueno, ya sabe...

—Confieso que me parece usted fascinadora, pero tengo un motivo muy real para desear un cambio de impresiones con usted respecto a su hermana.

Titubeó unos segundos, mirándome de manera especulativa. Debí pasar el examen a satisfacción, por cuanto se apartó a un lado y murmuró:

—Entre, por favor.

Me llevó al interior. Después de señalarme un asiento indagó:

—Y ahora, ¿me dirá quién es usted y qué interés le guía al buscar a mi hermana?

—Mi nombre es Max Ripley. Soy detective privado.

—¡Oh! Un detective...

—Eso es. Como esos que salen en la televisión y que ellos solos pulverizan a los más peligrosos criminales...

Cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia, usted sabe...

Rió bajito. Sus ojos parecieron iluminarse con resplandores de ensueño.

—¿No se considera usted un héroe como los de la televisión?

—Ni por asomo. Oiga, ¿qué tal si me invita a un trago? He trabajado como un forzado para localizar esta casa. ¿Es que no tienen teléfono?

—Seguro... Pero no figura en la guía.

—Ya veo. ¿Qué me dice de ese trago?

—En eso sí se parece a los de la televisión...

Pero trajo los vasos, hielo y una botella de buena marca. Comenzaba a intrigarme aquella maravilla con faldas.

—Sírvase usted mismo, señor Ripley...

Lo hice, y no me mostré tacaño con el *whisky*. Le preparé uno para ella y brindé silenciosamente antes de saborearlo.

—Hábleme de su interés por Kate —insistió entonces—. No voy a ocultarle que me inquieta.

—Bueno, en realidad, espero que sea usted quien me hable sobre ella. Se supone que un investigador nunca da informes gratuitamente. Nunca los facilita...

—Informe por informe. Hable usted primero.

—Es usted una muchachita resuelta, ¿eh?

—Sé el terreno que piso.

—Eso rompe el encanto —reí entre dientes—. Bueno, ¿conoce usted bien el pasado de su hermana?

—Sí.

—¿Con detalle?

—Hasta el menor detalle.

—¿Incluso la época en que usted era una niña?

—También. Kate nunca ha tenido secretos para mí.

—Ya Veo... ¿Sabe usted mucho del «episodio» Tregenza?

Se echó atrás como si le hubiera abofeteado. Su bello rostro se crispó.

—Debí suponer que se trataba de eso —comentó con voz alterada. Y añadió—: Desde que leí la noticia de que había sido puesto en libertad, temí que empezaran de nuevo las dificultades...

—¿Por qué?

—Fue un presentimiento... ¿Para quién trabaja usted, señor Ripley?

—Para Tregenza precisamente.

—¿Cree que no le hizo bastante daño a Kate cuando estuvo casada con él?

—Todo eso pertenece a un pasado muy lejano. ¿Cómo ha dicho usted que se llama?

—No se lo he dicho... hasta ahora.

—Bueno, todavía está a tiempo. No me mire con esa cara de sospecha. Le aseguro que no trato de hacerle ningún daño a su hermana.

—Dudo que pudiera hacérselo...

—¿Quiere decirme cómo he de llamarla, además de linda?

—Ellen...

—Bien, Ellen; la verdad es que alguien ha amenazado a Tregenza. Por lo visto, hay gente que todavía no lo ha olvidado, a pesar de los años transcurridos, y desea matarlo. Estoy eliminando sospechosos de mi lista, y, lógicamente, Kate figura también en ella...

—Es absurdo. ¿Quiere dar a entender que sospecha que mi hermana trate de matar a ese... a Tregenza?

—No sospecho de ella particularmente. Por lo menos, no más que de los otros de la lista. Pero opino que Kate tiene excelentes motivos para odiar al hombre que la engañó al casarse con ella...

—¡Oh, claro que odia a su ex marido! En realidad, no ha dejado de odiarlo desde entonces. Fue la causa de que ella...

—Siga, ¿qué iba a decir?

Sacudió la cabeza de un lado a otro, desviando la mirada.

—Fue una desgracia terrible para Kate... —susurró.

—Comprendo. No es agradable descubrir de golpe y porrazo que

una está casada con un pistolero convicto de un tremendo delito...

—Ella jamás se sobrepuso al hundimiento de sus ilusiones. Además, la gente se ensañó con ella. Le amargarón la existencia de manera despiadada, incluso después de haberse fallado el divorcio a su favor.

—¿Vivió aquí después de separarse de Enrico?

—Sólo una temporada. Mientras vivió papá logró protegerla de los demás y crear a su alrededor un clima de cierta seguridad. Después, cuando él murió... el mundo acabó de derrumbarse sobre los hombros de mi hermana. Fue entonces que empezó a beber.

—Comprendo...

—¡No puede comprenderlo! —exclamó con vehemencia—. Buscó aturdirse, eso es todo. Yo era demasiado joven entonces para dominarla. Pero asistí a su desmoronamiento sufriendo tanto o más que ella... hasta que se marchó para casarse con Jack Dewille...

—Siga, Ellen. ¿Todavía está casada con ese Dewille?

—Por desgracia, sí... Resultó mucho peor que Tregenza. Es un degenerado que en lugar de apartar a Kate del vicio la hundió más en él. Pero ella ya no tuvo valor para rebelarse esta vez...

Vi aparecer las lágrimas en sus ojos. No trató de disimular el llanto, sino que dejó deslizar las lágrimas por sus mejillas y añadió:

—Está convertida en una ruina... si usted la viera...

—Pienso verla tan pronto salga de aquí. ¿Qué clase de tipo es ese Dewille, además de degenerado?

—No tiene ni una sola cualidad. Ha estado detenido dos o tres veces según creo. Es jugador, casi nunca sale de día y maltrata a Kate sin piedad cuando está en casa. Pero la tiene tan dominada que ella ni se queja ya... En realidad, creo que sigue unida a él porque Jack no le impide nunca beber todo cuanto quiere...

—Un tipo encantador, ¿eh? —rezongué, pensativo—. ¿De qué vive?

—Nunca lo he sabido, pero de lo que sí estoy segura es de que su dinero no es limpio. Juega y casi siempre tiene mucho dinero... a veces pienso que es una especie de estafador, usted sabe... Nunca ha trabajado.

—Conozco esa clase de tipos. ¿Dónde vive su hermana, Ellen? Le haré una visita, aunque sólo sea para descartarla definitivamente de mi lista.

—La asustará...

—No más de lo imprescindible.

—Pero es absurdo que sospeche de ella, señor Ripley. Kate es incapaz de hacer daño a nadie. En todo caso, siempre se lo han hecho a ella.

—No obstante, su desgracia fue provocada por Tregenza. Ella debe odiar hasta el recuerdo de su primer marido, ¿no es así?

—¡Seguro que lo odia, ya se lo he dicho antes! Pero también yo siento un odio terrible hacia ese hombre al que no recuerdo siquiera, y no por eso deseo matarlo.

—Es usted demasiado bonita para odiar a nadie —dije, apurando el contenido de mi vaso. Después insistí—: ¿Quiere decirme dónde puedo encontrar a su hermana?

Lo pensó durante un buen rato, jugueteando distraídamente con su vaso, llevándoselo a los labios sin apenas darse cuenta, manteniendo la mirada perdida en algún punto de la pared que había detrás de mí. Finalmente, dejó el vaso sobre la mesita y murmuró:

—Iré con usted.

—Me encantará su compañía...

Se levantó, olvidando definitivamente el vaso, y murmuró con voz alterada:

—Espere hasta que me cambie de vestido... no tardaré mucho.

Al quedar solo pensé en las jugarretas del destino. Tregenza había soportado dieciocho años de cárcel por no delatar a sus compinches, favoreciéndoles con su silencio, haciendo por ellos lo que quizá los otros no hubieran hecho por él. Sin embargo, no había podido hacer nada para conseguir la paz para la mujer que le había amado como nadie...

«Absurdo», pensé.

Después, Ellen apareció con un vestido tan ceñido que la moldeaba igual que si fuera pintado sobre su piel, y mis ideas se dispersaron para tomar otros derroteros...

CAPÍTULO VII

Era uno de esos apartamentos tristes e impersonales, con una sola gran habitación en la que, durante el día, camas permanecían plegadas dentro de los huecos de las paredes, dejando la estancia lo bastante despejada para que uno pudiera moverse por ella.

Supuse que en alguna parte habría una cocina pequeña y mal equipada, y un cuarto de baño de juguete en el que no podría uno moverse sin adoptar precauciones...

Según mis cálculos, basados en los informes de Tregenza, su primera mujer debía contar alrededor de los cuarenta años, quizá algunos menos. No obstante, la que nos franqueó la puerta aparentaba más de cincuenta. Tenía el rostro surcado de finas arrugas, grandes bolsas bajo los ojos y en éstos una mirada apagada y mortecina, estática, igual que muerta. Su cuerpo también era una ruina lamentable que cubría con un descuidado vestido que no lograba disimular las angulosidades de los huesos.

—¡Ellen! —susurró, echándose atrás.

Nos deslizamos dentro y yo cerré la puerta. Las dos mujeres permanecieron mirándose por espacio de un minuto. Después, Ellen abrazó a su hermana y las temblorosas manos de ésta acariciaron sus sedosos cabellos.

—No debiste venir... te dije que no vinieras nunca aquí...

—Tenía que verte...

—No quiero que Jack te encuentre aquí... volverá pronto... ¡Oh, Ellen...!

Empezó a sollozar mansamente. Ninguna lágrima asomó a sus muertas pupilas.

Comencé a fijarme en algunos detalles que me dieron mucho que pensar.

—¿Dónde está ahora? —murmuró Ellen.

—Ha salido hace poco, pero volverá... sólo ha ido a... a comprar una botella...

—¿Por qué lo soportas, Kate? —le reprochó su hermana—. Déjale, séparate de él. En «nuestra» casa sigues teniendo tu habitación. Yo cuidaré de ti y...

—¡Oh, no, no podría...!

—¡Mi pobre Kate!

Decidí intervenir y me acerqué a las dos mujeres.

—¿Qué es lo que no podría usted? —pregunté suavemente.

Pareció que me veía por primera vez. Su mirada vagó de mí a su hermana, interrogante, Ellen murmuró:

—Es... es un amigo. Quiere hacerte unas preguntas... Pero no tienes nada que temer. ¿Comprendes?

—¿Preguntas? —Me miró asustada—. ¿De Jack?

—De Tregenza —dije.

—¡Oh!

—¿Lo recuerda usted?

—No he podido olvidarlo nunca... a veces pienso...

De nuevo calló, como si fuera incapaz de retener las ideas más allá de unos segundos.

De cerca pude observarla con más detalle. No me gustó lo que vi.

—¿Por qué no nos deja solos unos minutos, Ellen?

Ésta sacudió la cabeza, negándose. Luego murmuró:

—Quiero asegurarme de que no amenaza a mi hermana. Ella no está en condiciones de resistir un interrogatorio, ya debería darse cuenta.

—Lo sé, pero no por las razones que usted supone. ¿Verdad, Kate?

—No comprendo...

—Puede usted engañar a Ellen, pero no a mí. Soy un experto en estos asuntos... Ellen intervino, indignada:

—¿Qué insinúa?

No le hice caso y seguí mirando fijamente a la pobre mujer que trataba de huir de mi escrutinio.

—Veamos, Kate. ¿Escribió usted una carta a Enrico Tregenza?

—No... No sabía que estuviera en libertad hasta que Jack me lo

dijo... anoche... Se rió mucho...

—¿Es él quien le proporciona las drogas, Kate?

Mi pregunta cayó como una bomba. Ellen lanzó una exclamación. Su hermana se bamboleó a punto de caer. Pero yo sabía que la mejor manera de enfocar el asunto era con brutalidad, y aunque era algo que no me incumbía no pude resistir la tentación de hacerlo.

—¡Señor Ripley! —exclamó Ellen—. No le permitiré que...

—¡Cállese! ¿De qué se trata, Kate, heroína tal vez?

—¡No, no!

—Y es Jack quien se la facilita, ¿no es cierto? Por eso no puede usted abandonarlo...

—¡Basta, basta! —gritó—. Déjela en paz... Ella sólo bebe...

Las manos de Ellen se engarfiaron sobre mi brazo tratando de zarandearme, furiosa hasta el histerismo.

—Tonterías. A juzgar por el aspecto de sus ojos sospecho que se trata de heroína... inyectada probablemente. Mírele los muslos y verá las señales de la aguja hipodérmica. ¿No se da cuenta?

—¡No, no!

El gemido de Kate convenció más a su hermana que todas mis palabras. Quedóse rígida, mirándola dolorosamente.

—No sé cuánto tiempo lleva inyectándose... aunque supongo que hace mucho. Pero podría intentarse algo para curarla, Ellen.

—¡Dios mío, Kate!

Ésta nos dio la espalda. Yo insistí:

—¿Es Jack quien le proporciona la heroína? ¡Responda, maldita sea!

Se estremeció. Asintió con un gesto.

—¿Por qué? Eso cuesta mucho dinero.

Ellen susurró:

—Kate tenía dinero.

—De manera que es eso...

—Nunca quiso tocarlo porque era una cantidad que Tregenza depositó a su nombre, después que se hubieron separado... Kate decía que era dinero sucio...

Calló. Fue su hermana la que añadió:

—No quería disponer ni de un centavo... pero Jack descubrió que estaba a mi nombre... quiso apoderarse de él... me negué y...

Se interrumpió. Yo dije entre dientes:

—Él la convirtió en una adicta sólo para dominarla. Así se vio usted obligada a sacar ese dinero para pagar las drogas... que él mismo le proporcionó. Un perfecto hijo de perra...

Kate siguió dándonos la espalda. Su silencio era la mejor afirmación de cuanto yo acababa de decir.

Ellen susurró:

—¿Qué podemos hacer por ella, lo sabe usted?

—Separarla de Jack, como primera medida. Después internarla en un sanatorio especializado. Quizá todavía puedan salvarla...

El ruido de una llave girando en la cerradura me interrumpió. Un instante después, la puerta se abrió y entró un tipo alto y delgado, con rostro muy pálido y ojos de mirar brillante. Un fino bigotito sombreaba su labio superior y sus delgados labios tenían un rictus de crueldad o degeneración, tal vez de desprecio.

Tan pronto descubrió a Ellen esbozó una mueca.

—¡Vaya quien ha venido a visitarnos! —exclamó—. La virtuosa hermanita. ¿Cómo estás, preciosa? Y tu amigo... ¿no nos presentas?

—No es preciso, Jack —dije—. Antes de que me vaya nos conoceremos perfectamente tú y yo.

—Bueno, ¡qué les parece! Uno de esos tipos rudos... —Volvióse hacia Kate y gruñó—: ¿Qué has estado contándoles, estúpida?

—Nada —intervine—. Es suficiente con verle los ojos.

—Además se cree listo... ¿Por qué se mete en esto, compañero? Debí imaginar que tarde o temprano mi querida cuñada decidiría alborotar más de la cuenta...

Ellen se movió instintivamente apartándose de él, asustada. De nuevo dejé oír mi voz:

—Ella no ha intervenido para nada en esto, Jack... Aunque sí debió haber hecho hace mucho tiempo para desenmascarar a un cerdo apestoso como tú. He conocido a bichos inmundos en mi vida, pero tú los ganas a todos. ¿De dónde sacas las drogas? No es fácil encontrarlas en estos tiempos.

—Ya he escuchado bastante. Tienen un minuto para largarse de aquí... los dos. Despídelos, Kate.

Ella no se movió. Temía por su suministro con toda seguridad.

Yo dije:

—Espera fuera, Ellen. Y llévate a tu hermana. Ese niño

degenerado y yo vamos a tener un cambio de impresiones un tanto ruidoso...

—¡No me asuste, compadre! —rió él—. Los he conocido más grandes que usted y...

Le cerré la boca con un gancho salvaje impulsado por todo mi peso. El tipo salió volando y fue a caer junto a la pared como un fardo caído de una azotea.

Ellen se mordió los labios y retrocedió. Kate giró en redondo, mirando a su marido con un interés impersonal.

—Sácala de aquí, Ellen —insistí.

Pareció salir de un trance hipnótico y arrastró a su hermana fuera del apartamento. Las seguí para cerrar la puerta por dentro y entonces me enfrenté con el bastardo que estaba levantándose, entre una catarata de maldiciones.

—Bueno, bueno... tómalo con calma, Jack. Eso es el principio solamente.

Estuvo mirándome con ojos asesinos durante un tiempo interminable, como reflexionando sobre lo que debería hacer conmigo. Cuando lo decidió avanzó con infinitas precauciones, refunfuñando.

Y de pronto su mano se movió con la celeridad del relámpago y apareció empuñando algo semejante a un trozo de madera oscura.

—Verás ahora —gruñó.

Sonó un seco chasquido y una hoja de refulgente acero relampagueó al saltar fuera de la empuñadura. Eso era algo que yo debiera haber previsto, pero me pilló desprevenido por completo.

—De manera que lo quieres así —dijo—. Tendré que hacerte daño de verdad.

Retrocedí, apartándome de su lento avance. Se desconcertó un poco cuando advirtió que yo no miraba al cuchillo, sino que mi atención estaba clavada en su cara. Pero no por eso dejó de acercármese con todo el odio del mundo destellando en su mirada.

Repentinamente, saltó sobre mí con el acero por delante. Pude esquivarle gracias a haberlo vigilado con todos mis sentidos. La hoja del cuchillo pasó por mi lado como un chispazo de luz mortal.

Por dos veces más intentó sorprenderme desprevenido y las dos veces falló. Fui dando la vuelta a la estancia en busca del objetivo que me había propuesto; una silla que había en un rincón.

Hubiera podido sacar el revólver, pero no quería utilizarlo más que en una última instancia, como último recurso. Pensé que con la silla tendría suficiente.

Cuando llegué junto a ella suspiré, aliviado. El tipo estaba a unos cuatro pasos de mí, encorvado, con la mano izquierda engarfiada y la derecha sujetando el cuchillo con tanta fuerza que los nudillos le blanqueaban.

Me apoyé en el respaldo de la silla. Luego, me enderecé de repente, volteándola. Demasiado tarde, Jack comprendió la treta y se agachó para esquivar el proyectil. Se equivocó porque la lancé con todas mis fuerzas, pero apuntando bajo.

La silla se estrelló contra sus piernas, derribándolo y arrancándole un largo aullido de dolor.

Salté sobre él cuando todavía estaba cayendo. La suela de mi zapato cayó sobre su mano armada haciéndole polvo los nudillos, cosa que le arrancó otro alarido infrahumano y le obligó a soltar el cuchillo, que a fin de cuentas era lo que yo quería.

Entonces le descargué un mazazo a un lado de la cara. Su cabeza golpeó contra el suelo igual que un balón de *rugby*. Gritó nuevamente. Le cerré la vociferante boca con una izquierda capaz de desnucar a un buey.

Eso pareció terminar con la lucha. Se quedó inmóvil, gimiendo débilmente de cara al suelo.

Aproveché para registrarle los bolsillos. No encontré nada de interés en ellos.

Alguien golpeó la puerta con nerviosismo. Abrí y las dos mujeres entraron con cara aterrorizada. Ellen miró al caído y después sus ojos buscaron los míos.

—¿Está...?

—Lamentándose —masculló—. Veamos, Kate; ¿guarda él mercancía aquí, en el apartamento?

—Sí... en una cajita cerrada...

—¿Dónde?

Como una autómatas, se acercó a una de las camas empotradas, bajándola. Jack comenzó a rebullir, tratando de ponerse a gatas.

Sólo tuve que dispararle un puntapié a la cabeza para que volviera a estarse quieto. Me preocupó descubrir que encontraba cierto placer en castigar a semejante alimaña. ¿Estarían despertando

en mí instintos sádicos? Luego pensé que todo era producto de la repugnancia que me inspiraba un bastardo capaz de convertir a su propia esposa en una piltrafa humana para satisfacer su sucia ambición, y eso me tranquilizó.

Kate retiró una cajita metálica del fondo del hueco, volviéndose con ella en las manos.

—Él guarda la llave —susurró.

De nuevo registré al inconsciente individuo, quitándole el llavero.

En la caja había once pequeñas ampollas, todos los utensilios necesarios para preparar la droga, calentándola, y una diminuta jeringuilla hipodérmica de fabricación especial.

—Vaya, vaya, todo un equipo...

Extraje dos de las ampollas y todos los instrumentos, que entregué a Ellen.

—Va a llevarse a su hermana a casa —dispuse—. Con esas dos dosis Kate tendrá suficiente hasta que podamos internarla. ¿Comprende? Yo vendré a reunirme con vosotras cuando haya terminado aquí.

—¿Qué va usted a hacer con él?

—Proporcionarle unas largas vacaciones...

Kate asistía al diálogo como si no nos oyera. Parecía una muñeca a la que se le ha acabado la cuerda.

Tras una vacilación, su hermana asintió con un gesto.

—Le esperaré, señor Ripley...

—Bueno, creo que puedo permitirle que me llame Max —reí, empujándolas hacia la salida.

—¿Por qué hace eso por Kate?

—Entre otras razones que sería largo exponer, porque tiene una hermana tan hermosa que da vértigo. Y yo soy muy sensible a la belleza. Y ahora dese prisa. Esto va a estar muy concurrido dentro de poco.

—Max...

—Ya me dará las gracias cuando volvamos a vernos.

Al llegar a la puerta se quedó quieta, mirándome con una extraña expresión en su cara.

—¿Sabe una cosa, Max? —murmuró—. Es usted uno de esos héroes de la televisión. Gracias por ayudar a Kate.

—¡No me diga! Un héroe de película... lo que me faltaba.

Conseguí cerrar la puerta y entonces preparé el escenario. Coloqué las nueve ampollas restantes en una cajita de cartón que encontré sobre un mueble, la introduje después en un bolsillo de Jack y miré a mi alrededor. El cuchillo estaba donde había caído. Lo dejé allí.

La caja metálica y la cama bajada eran una nota falsa en la decoración, de manera que las hice desaparecer en su cavidad y sólo entonces descolgué el teléfono, marcando el número de la Jefatura.

Encontré al teniente Jacobs de buen humor, seguramente porque eran las primeras horas de su noche de servicio.

—Quiero hablar con Kelley —le espeté sin rodeos—. Creo que tengo algo que disipará su antipatía por los detectives privados.

—Max, no trates de jugar con Kelley. Es un mal enemigo en todos los terrenos. Pero está en la Brigada del vicio, ¿no?

—¿Y qué?

—Puedo entregarle un distribuidor de heroína. Interrogado de manera conveniente estoy seguro que podrá proporcionar estupendos informes sobre sus fuentes de aprovisionamiento.

—¿Estás seguro de que quieres que te comunique con Kelley, Max?

—¡Demonios! Claro que sí. No creo que se haya merendado a ningún detective privado hasta ahora. ¿O sí?

Escuché su risa al otro lado de la línea.

—Perfecto. Dame la dirección de ese tesoro y lo mandaré inmediatamente.

Le di las señas y colgué. Entonces enderecé la silla, encendí un cigarrillo y me dispuse a esperar pacientemente. Jack Dewille seguía inconsciente. Iba a tener un despertar más movido de lo que nunca pudo sospechar.

CAPÍTULO VIII

—De manera que ésa es su historia —rezongó Kelley, tras escucharme.

—¿Qué más quiere? Si interroga a ese individuo como es debido, podrá echar el guante a una serie de tipos importantes. Ya sabe cómo funciona ese negocio.

—Sé cómo he de interrogar a una rata como Dewille —me espetó—. Lo que no sé es qué papel interpreta usted en esta jugada.

—Acabo de contarle cómo he descubierto el negocio de Jack. Ha encontrado usted en sus bolsillos droga suficiente para encarcelarlo una temporada... no pretenderá que le escriba también el informe, ¿verdad?

Soltó un bufido y se apartó de mí. Dos de sus hombres sostenían al semiinconsciente Dewille en la silla. Kelley se enfrentó con él y lo zarandeó como a un trapo.

—¡Despierte, Jack! —gritó—. Va a tener que responder muchas preguntas... ¿Me oye?

—Polizontes...

Kelley se echó atrás, como si en lugar de una palabra hubiera recibido una bofetada. Volteó el brazo y le asestó un revés al detenido que no lo arrojó fuera de la silla porque los otros le sostenían, de lo contrario hubiera volado hasta el otro extremo del cuarto.

—Es un buen sistema para interrogarlo —comenté, encendiendo un cigarrillo—. ¿Me necesita para algo, teniente?

—No, lárguese. Ya le llamaré cuando deba firmar su declaración.

—Okey; trátelo bien, es un muchacho un tanto delicado... Y no se olvide del cuchillo —terminé, señalándolo.

Salí del apartamento. Al llegar a la calle respiré con satisfacción.

Podía decirse que había cumplido mi buena acción del día.

Busqué un teléfono público, desde el que llamé a cierto médico con el que ya había tenido tratos otras veces. Después de explicarle lo que esperaba de él, acabé pidiéndole que mandase a un par de sus enfermeras a casa de Ellen una hora más tarde. Accedió, no sin protestar por obligarle a salir de casa a semejante horas, y colgó.

Ya era de noche cuando llegué a la casita de Melrosse Street. Pocos minutos después lo hicieron los dos ayudantes del doctor, en cuyas manos deposité a Kate y sus dos ampollas de heroína. La mujer no pareció emocionarse lo más mínimo al marcharse en compañía de los dos desconocidos. Había llegado a un punto que tanto le daba vivir como morir... siempre que muriera con el consuelo del maldito veneno que la había convertido en una ruina.

Al quedar solos, Ellen suspiró.

—Nunca le agradeceré bastante lo que ha hecho por Kate...

—No crea que eso es algo que hago todos los días.

—Max...

—Además —añadí—. Pienso cobrar por ese trabajo.

Desconcertada, no acertó a replicar hasta pasados unos instantes.

Entonces murmuró:

—Es natural... después de todo es su trabajo...

—Tengo distintas tarifas, usted sabe. La fijada para muchachas sugestivas y hermosas, con unos ojos come los suyos, es una cena a la luz de la luna en «El Sombrero Rojo».

—¿Está invitándome a cenar acaso?

—Ni más ni menos.

—¿Y tiene que ser precisamente en ese lugar que ha mencionado?

—No puede ser otro. Entre otras razones, porque posee una terraza maravillosamente situada desde la que se ve el mar. También tiene una magnífica orquesta, atracciones de precio y, finalmente, el propietario se llama Philip Richmond.

—¿Y eso qué tiene que ver?

—Bueno, conozco a Richmond hace mucho tiempo. Necesito hacerle un par de preguntas, de manera que al mismo tiempo que cenamos yo sigo trabajando como pretexto para incluir la cena en mi cuenta de gastos.

—Comprendo. Después de saber eso, lo pensaré dos veces antes de recurrir a ningún detective privado.

—No todos son tan desaprensivos como yo, no crea... ¿Qué me dice de la cena?

—Deme tiempo para vestirme adecuadamente...

Corrió a su habitación y yo aproveché para llenar medio vaso de excelente *whisky*. Pensé en Jack Dewille y en el teniente Kelley. Casi sentí compasión por el pobre Jack.

En manos del teniente iba a pasarlo peor que en las mías.

Cuando Ellen reapareció, lo hizo enfundada en un vestido de noche al que uno se veía obligado a mirar para asegurarse de que estaba completo. La primera impresión era que su propietaria se había olvidado de colocarse la mitad superior.

—¿Qué le parezco? —rió, girando como una modelo.

Al hacerlo pude advertir que también había olvidado toda la espalda del vestido en alguna parte. El color dorado de su piel quedaba al descubierto con suficiente generosidad para que no cupieran dudas respecto a su tersura.

—Un sueño —murmuré—. Tiemblo al pensar que pueda despertar de un momento a otro.

Antes de salir se cubrió los desnudos hombros con un ligero chal. Realmente, era igual que un delicioso sueño de adolescente.

Únicamente que yo no tenía nada de adolescente.

«El Sombrero Rojo», era un local reducido y selecto, apartado de los lugares de diversión más multitudinarias. Lo había frecuentado pocas veces por placer, pero lo suficiente para saber que sus precios resultaban fuera del alcance de la inmensa mayoría de los mortales.

Sin lugar a dudas, Philip Richmond sabía lo que se llevaba entre manos.

Una suave música de fondo llegaba amortiguada hasta la terraza donde cenamos, en una mesa situada junto a la balaustrada, alumbrada por una discreta lámpara puesta a un lado del mantel.

—Es maravilloso —susurró Ellen cuando escanció las últimas gotas de champán—. ¿Está seguro que podrá incluir ese despilfarro en su cuenta de gastos?

—No le quepa duda.

—Hubiese preferido que estuviera usted gastándose sus ahorros en agasajarme... eso hubiera sido más romántico.

—Pero menos práctico. En serio, Ellen; me siento como un chiquillo en su primera cita de amor. ¿O eso resulta demasiado cursi?

—Pudiera serlo... en otras circunstancias.

No se rió. Ni siquiera sonrió. Sólo estuvo mirándome fijo hasta que levanté la copa y la vacié de un trago.

Un camarero apareció al lado de la mesa. Manipuló despejándola de servicio. Antes que se alejara dije:

—Avisé al señor Richmond que deseo hablarle. Mi nombre es Ripley.

—Bien, señor...

El propietario del *cabaret* era un hombre de unos cuarenta años, alto y fuerte, de gran apostura. Su impresionante presencia había contribuido en buena parte al éxito de sus negocios. Una gran cabeza coronaba el recio cuerpo.

—No sabía que estabas aquí, Max...

Se interrumpió al echar un vistazo a Ellen. Vi la admiración en su rostro al recorrerla con la mirada.

—No trates de quitármela —le advertí, riendo—. Se llama Ellen y todo lo que te permito es que le estreches la mano. Éste es Phil, pequeña. Un individuo peligroso...

Richmond se sentó, desconcertado. Ellen dijo:

—Al parecer, todas sus amistades son gente fuera de lo corriente, Max...

—Ya irá conociéndolos a todos Necesito tu ayuda, Phil. He venido aquí en misión oficial para decirlo de alguna manera.

Lanzó un vistazo hacia Ellen.

—Con esa compañía, muchacho, no lo creeré en un millón de años.

—Hay ocasiones en que es conveniente mezclar el trabajo con el placer.

—Bien, te escucho.

—¿Tienes empleado a alguien llamado Jones? Debe ser un hombre con más de cincuenta años según mis cálculos.

—¿En qué nuevo lío se ha metido ese idiota? —rezongó—. En toda mi vida he conocido a otro tipo con la cabeza tan hueca...

—Así que lo tienes en tu nómina.

—Sí. ¿Para qué lo buscas? No creo que pienses armar ningún

escándalo aquí precisamente.

—Ya sabes que yo no trabajo así, Phil...

—¡Demonios...! Bueno, lo lamento, Ellen, pero hay veces que ese cabezota me saca de mis casillas. Conozco tus métodos tan bien como la palma de mi mano. ¿Qué pasa con Jones?

—Un par de preguntas, tú sabes... En privado, naturalmente.

—Ya veo.

—Tu oficina servirá. ¿Dónde tienes a ese tipo?

—Abajo —dijo solamente.

—Vaya. ¿*Croupier*?

—Y de los mejores que conozco. Pero con una habilidad especial para estar siempre sin un centavo. Tiene una capacidad fabulosa para desprenderse de todo cuanto gana, que no es poco.

—Ya conozco esa clase de tipos. Nunca tienen bastante dinero.

—Exacto. Bien, voy a ordenar que le releven para que vaya a mi oficina. Luego, volveré aquí para escoltar a tu amiga hasta que vuelvas... y no es necesario que te des prisa.

—Eres un perfecto caballero, ¿eh, Phil?

—Seguro —rió, alejándose.

Cuando regresó le seguía un camarero con una botella de champán metida en hielo.

Phil comentó:

—Si te apresuras, tal vez quede una copa todavía para, tu regreso...

Los dejó solos. A pesar de todas sus bromas, Ellen estaba segura en su compañía.

Mientras me dirigía a la lujosa oficina se me ocurrió pensar que hasta el momento no había adelantado nada en mi trabajo. Había estado a punto de ser abierto en canal por un bastardo armado de un cuchillo. Había tenido que sacudirle a un degenerado y al dueño de una taberna, y había proporcionado un triunfo al teniente Kelley. Comencé a perder el respeto que hasta entonces me había tenido a mí mismo.

Sólo la buena acción del día mitigó aquella sensación de inseguridad.

Y la seguridad de la compañía de Ellen, naturalmente. Eso solo ya era suficiente para recompensarme de mis desvelos.

Aunque, a fin de cuentas, de poco iba a servirle eso a Tregenza

si a alguien se le ocurría volarle la cabeza antes de tiempo...

CAPÍTULO IX

El tal Jones era un hombrecillo insignificante que rozaría los sesenta años. Al verlo, nadie hubiera podido imaginar que en sus buenos tiempos había sido uno de los pistoleros de Tregenza. Su *smoking* era de buen corte y sabía llevarlo. La imagen perfecta del *croupier* de rostro impasible.

—De manera que no sabe usted una palabra de esas cartas —refunfuñé, fastidiado.

—¿Por qué tendría que amenazar a Enrico? Quedamos en paz. Desde antes de dar el golpe sabíamos la parte que nos iba a corresponder a cada uno, de manera que nadie pudo llamarse a engaño cuando él se quedó con casi un millón. Además, amigo, a mis años uno ya no está para esas aventuras.

—Sin embargo, tengo entendido que anda usted falto de dinero...

—Eso no es nada nuevo para mí. Sin embargo, usted dice que esos anónimos se limitan a amenazar a Enrico, no ha pedirle dinero, de manera que tampoco tienen nada que ver con mis apuros económicos.

—No estoy muy seguro de eso.

—Pierde usted el tiempo —replicó con cierta sequedad—. Y lo que es peor, me lo está haciendo perder a mí. ¿Tiene más preguntas en el buche o puedo volver a mi trabajo?

—Dígame dónde puedo encontrar a Molton y le dejaré en paz... por el momento.

—Molton murió. Fue atropellado por un auto hace más de dos años.

—¿Seguro?

—Sin ninguna duda. Asistí a sus funerales, así que...

—Ya veo. Uno que no me proporcionará dolores de cabeza.

Pensé rápidamente respecto a la actitud de Jones. No había en él nada de sospechoso.

Sus respuestas parecían sinceras, y sus argumentos relativos a su edad no tenían réplica. Pero alguien estaba amenazando a Tregenza, a pesar de que todos los sospechosos parecieran inocentes.

—Vuelva abajo —autoricé—. Pero tenga cuidado con lo que hace en los próximos días, Jones, porque si le sorprendo revoloteando cerca de Tregenza lo pasará muy mal.

Sonrió astutamente y se largó. Quedé solo en la lujosa oficina y encendí un cigarrillo. Todavía permanecí allí unos minutos, fumando y buscando un resquicio en el muro de fracaso que me rodeaba. No lo encontré y decidí regresar al lado de Ellen. Por lo menos, con ella no tenía que andarme con suspicacias y su proximidad era una fuente de bienestar. Producía una sensación de plenitud, de suave ensueño que era difícil dejar de percibir.

Phil estaba ocupado contándole alguna historia divertida, porque ella se reía abiertamente. Me detuve junto a la mesa y toqué a Richmond en el hombro.

—Gracias por tu colaboración —dije—, pero tus servicios de fiel guardián de los bienes ajenos ya no son necesarios. Buenas noches.

Se echó a reír, levantándose.

—Precisamente estaba contándole a Ellen lo estupendo que eres como investigador.

—Debías explicarlo con mucho detalle para que ella se riera tan a gusto, ¿eh?

—Bueno, no seas susceptible, muchacho... Creo que todavía te queda una copa en la botella. ¿Has conseguido algo de Jones?

—Nada en absoluto.

—Ya lo imaginaba. Aparte de su manía de aventar todo el dinero que cae en sus manos, es un tipo inofensivo.

—Tal vez...

Se despidió de la muchacha y nos dejó solos. Vacié la botella en mi copa y la bebí a pequeños sorbos. Al cabo de un par de minutos, Ellen murmuró:

—Tu amigo era más divertido que tú, Max...

Observé que me tuteaba con perfecta naturalidad. Tal vez

debiera agradecerse a Phil.

—Lo siento, estaba pensando... ¿Te gustaría bailar?

—Ésa es una pregunta perfectamente inútil.

Se levantó y nos fuimos a la pista, donde estuvimos bailando continuamente hasta que ella expresó su cansancio. Entonces descubrí que era mucho más tarde de lo que había supuesto y regresamos a la mesa.

—¿Estás preocupado, verdad, Max?

—Un poco, lo confieso. Estoy metido en un callejón sin salida en este maldito caso.

—¿Tanto te preocupas por Tregenza?

—Me preocupo por mis ingresos, pequeña. Para mí, Tregenza es un magnífico cliente. Todo lo demás está fuera de consideración.

—Comprendo.

—No creo que puedas comprenderlo. Por otra parte, todos los sospechosos de mi lista parecen ajenos al asunto de las cartas... Alguno de ellos miente seguramente, pero... ¿cuál?

Tras un silencio, ella murmuró:

—Llévame a casa, Max... es demasiado tarde para mí.

—Lamento haber estropeado la noche, linda, pero Jones era mi última esperanza de encontrar una ligera pista...

—No has estropeado nada. Desde el principio sabía que estabas trabajando, ¿recuerdas? Tú mismo me lo has advertido.

—Es cierto, pero...

Se levantó, sonriente.

—Quedan otras noches, ¿no te parece? Cuando hayas terminado ese trabajo...

—¿Hablas en serio?

—No me gusta andar con rodeos.

Abandoné mi silla y me reuní con ella, entusiasmado con la nueva perspectiva.

—Eres un encanto, Ellen... Pero tienes razón, quedan más noches para nosotros. Cuando llamé al camarero, el hombre se limitó a aceptar una propina, pero nos advirtió que el patrón le había indicado que nuestra cena era a cuenta de la casa, de manera que incluso le ahorré a Tregenza el importe de la noche.

Mientras conduje el coche ella se mantuvo callada casi todo el trayecto. Sólo cuando llegamos delante de su casa murmuró:

—¿Qué tal es la mujer de Tregenza, Max?

—Muy espectacular —convine—. Pero interesante. ¿Por qué quieres saberlo?

—Bueno, por nada en particular. Sólo deseaba saber qué te parecía a ti... A fin de cuentas, él fue el primer marido de mi hermana...

—Ya veo.

—¿Es linda?

—No. Por lo menos, no puede competir contigo.

Se echó a reír.

—Antes has dicho que era muy espectacular. Eso no encaja con tu opinión de ahora.

—Es hermosa, para decirlo de alguna manera. Pero demasiado sofisticada a mi modo de ver.

—No comprendo cómo se casó con él, debió hacerlo casi a la salida de la cárcel.

—Supongo que sí... ¿Siempre eres tan curiosa?

—¿Hay alguna mujer que no lo sea?

Giré en el asiento para quedar de cara a ella.

—Ellen...

—Sí, Max.

No supe qué decir. Pensé que si las palabras se me resistían debía utilizar otros medios para hacerme entender, de manera que la atraje hacia mí, encerrándola entre mis brazos, y tras esto busqué sus labios como un sediento un manantial.

No rehuyó el beso. Sentí su reacción y comprendí que había estado esperando algo semejante desde que saliéramos del *cabaret*.

Fue una larga caricia carente de violencia, pero profunda y cálida como el principio de un incendio.

—Te veré mañana —murmuré al dejarle libres los labios.

—Estaré en casa, Max.

—¿Tú crees en el flechazo?

—No de la manera fulminante que tú quieres dar a entender.

—¡Demonios! ¿No te has mirado en un espejo estos últimos tiempos?

—Todos los días varias veces.

—Entonces no he de decirte nada más.

—Buenas noches...

—Hasta mañana.

Esperó con los labios temblorosos y húmedos. Los besé de nuevo como despedida y esta vez el incendio estuvo a punto de estallar en los dos.

Fue ella la que se apartó a tiempo, saltando fuera del coche.

—Eres demasiado impetuoso, Max —me reprochó con voz insegura.

—Sólo tú tienes la culpa. O quizá tus labios...

Se apartó del auto. No me moví hasta verla desaparecer dentro de la casa. Entonces conduje descuidadamente rumbo a mi apartamento, completamente olvidado de Tregenza y su problema, aislado del mundo que me rodeaba para dejarme hundir en un paraíso creado exclusivamente para Ellen y yo.

Incluso después de haberme dormido, seguí sumergido en mis ensueños de quimera. O estaba convirtiéndome en un sentimental, o lo que experimentaba entonces era algo que debiera haber vivido en mi adolescencia. Fue un sueño feliz sin duda alguna.

CAPÍTULO X

Sólo que duró poco. El timbre del teléfono lo hizo añicos justo cuando alcanzaba las cimas de un mundo de quimera en cuyo centro brillaba la imagen de Ellen con fulgores de estrella.

Desperté y arranqué el auricular de un manotazo.

—¡Hable! —grité, furioso.

—¡Otra vez, Ripley!

Era Tregenza, con su voz lastimera y asustada. El hombre estaba derrumbándose.

—¿Otro disparo?

—Sí... mientras dormía.

—Está bien, iré ahora mismo.

Colgué de un golpe y me vestí de mal talante. Comenzaba a cansarme del estúpido juego que el desconocido autor de los anónimos practicaba.

Vi las luces de toda la casa encendidas como en una fiesta. Dejé el coche estacionado en el lugar destinado al efecto, delante del jardín del ex pistolero, y tras mirar a mi alrededor llamé a la puerta.

Escuché los pasos de mi cliente acercándose. Pero de repente se detuvieron en seco y sonó una exclamación ahogada. Después reinó el más absoluto silencio.

—¡Tregenza! —grité a través de la madera—. ¿Está usted ahí?

La llave giró en la cerradura. Enrico estaba pálido como un cadáver. Cuando me disponía a entrar me paró con un ademán.

—¡Mire! —jadeó, señalando el suelo.

Había otra de las cartas a la vista.

—Bueno, eso indica que el tipo es muy comunicativo. Acabará por parecer sociable incluso. ¿Dónde está su esposa?

—En su habitación. Está deshecha. Empezó a chillar al escuchar

la rotura del cristal.

—De manera que han empleado el mismo procedimiento anterior...

—Eso es, Ripley...

Tomé la carta y abrí el sobre. El anónimo era mucho más escueto que los dos anteriores.

Éste ha sido mi último intento, Enrico. La próxima vez te mataré sin más dilaciones. Ya me he cansado del juego. A menos que...

—¡Ese maldito...! —rezongó mi cliente—. Estoy volviéndome loco, Ripley. Tiene usted que terminar con esto de una vez. No podré soportarlo mucho más. No puedo dar un paso sin volver la cabeza. Lo hago contra mi voluntad porque comprendo que es ridículo, pero en todas partes me parece ver sombras sospechosas, amenazas latentes... ¡Condenación! No puede hacerse eso a un hombre...

—Eso es precisamente lo que ese bastardo quiere.

—¿Qué?

—Desmoralizarle. Ablandarle lo suficiente para exigirle después todo cuanto se le antoje.

—¡Pero si lo que quiere es matarme!

—Tonterías. Fíjese en el final de esta nota: *A menos que...* Eso sólo es todo un poema.

Tras propinarle otro susto le pedirá una crecida suma, dándose por satisfecho.

—No me convence usted, Ripley. Es mi pellejo el que está amenazado y...

—Le digo que no debe inquietarse. Tratarán de sacarle dinero, tanto como puedan, pero eso es una ventaja para nosotros porque demuestra que no puedes matarle.

Muerto no les sirve usted de nada.

—Sigo sin creerlo. Quiere mi pellejo. ¡Pero maldito sea si...!

Se interrumpió al descubrir a su mujer junto al marco de la sala. Iba envuelta en un salto de cama digno de una estrella de cine, y no parecía importarle nada que yo la viera tan ligera de ropa.

Al darse cuenta que nos habíamos percatado de su presencia murmuró:

—¿Otra amenaza, Enrico?

—Sí... ¿Por qué no te vuelves a la cama? Aquí no puedes hacer nada.

—Tengo miedo de la oscuridad del dormitorio. Prefiero quedarme contigo si no te importa.

Fue a sentarse al diván, junto a su marido. Paseé de un lado a otro, desconcertado y dándole vueltas a la posibilidad de un chantaje por el terror. Finalmente dije:

—No me cabe duda, Tregenza. Ese fulano no piensa matarle. Por lo menos, no lo hará hasta haberle exprimido. Verá usted como la siguiente carta le da la oportunidad de pagar su seguridad con parte del botín que usted conservó. O quizá lo quiera todo, cualquiera sabe. ¿Conserva usted mucho de aquel dinero?

—Está intacto, excepto el importe de compra de esta casa y otros pequeños gastos.

—Pues eso es lo que persigue el criminal. Quizá también desee matarle, pero le repito que no lo hará hasta echarle la zarpa a esa fortuna. Y ahora, vayamos a ver el estropicio del atentado.

La bala había atravesado la cabecera de la cama, empotrándose en la pared. Casi desistí de sacarla, pero al fin la extraje con ayuda de un cortaplumas, sólo para comprobar que se necesitarían todos los medios de que disponían en los laboratorios de la policía para clasificarla. Estaba prácticamente aplastada a causa del impacto en la pared.

—Estoy casi seguro que pertenece al mismo revólver que disparó la primera, pero no es posible afirmarlo debido a cómo ha quedado...

Calculé la trayectoria que había seguido el proyectil. También esta vez lo habían disparado alto. Un simple aviso.

—¿Nadie más que usted conoce el escondrijo de ese dinero, Tregenza?

—Nadie absolutamente.

—¿Ni su esposa?

—Ella tampoco.

—A propósito, ¿cuándo se casó usted, estando en la cárcel?

Me miró, desconcertado.

—¿Qué demonios tiene eso que ver con su trabajo?

—Nada. Sólo que una muchacha me lo ha preguntado a mí esta noche.

—No comprendo... ¿quién era ella?

—La hermana de Kate.

—Oh, comprendo... ¿La ha... visto a ella?

—Seguro. Está convertida en una ruina. Tuvo mala suerte con el hombre con que se casó. ¿Qué me dice de su boda?

—Conocí a Mitzi en el penal. Ella iba a visitar a un hermano suyo, encerrado por robo de coches. Pronto empezamos a cambiar cartas y acabó viniendo a visitarme a mí. La boda se celebró un mes antes de que me concedieran la libertad.

—Ya veo.

—No se le ocurra mezclarla a ella en este asunto, Ripley, porque le echaré de aquí a patadas.

No dije nada y volvimos al salón, de donde no se había movido ella.

—¿Ha descubierto usted algo de interés? —indagó.

—Nada que nos sirva, señora... excepto las intenciones del criminal. Va detrás del dinero de su marido, eso es todo.

—¡Pero amenaza con matarlo...!

—Quizá piense hacerlo, pero no lo intentará siquiera antes de haberse apoderado de su fortuna. En cierto modo, eso nos permite cierto margen de tiempo para echarle el guante.

—Supóngase que está usted equivocado...

—Es posible, naturalmente. Pero no lo creo.

Me despedí de la preocupada pareja y regresé al coche. Tal como yo había pensado en un principio, todo giraba alrededor del botín de Enrico Tregenza. Bueno, veríamos. Volví a acostarme, pero apenas si pude volver a pegar un ojo.

CAPÍTULO XI

Durante todo el día siguiente no sucedió nada. Yo sabía que hasta que el criminal revelara su juego poco podríamos hacer para echarle el guante, de manera que me limité a hacer una discreta investigación sobre el pasado de la esposa de mi cliente, sólo para apurar todas las posibilidades.

No saqué nada de interés. Excepto que antes de casarse con Tregenza había tenido un amante, no pude descubrir absolutamente nada que pudiera complicarla en los intentos de extorsión. Según pude calcular, no había vuelto a ver a su apasionado admirador después de la boda, de manera que por ese lado no había nada a donde agarrarse.

A última hora de la tarde, en mi visita habitual al «Sandy's», encontré al teniente Jacobs. Estaba de buen humor, y no tuvo inconveniente en invitarme a una cerveza para premiar mi colaboración.

—Kelley obligó a confesar a su prisionero, Max... Ha echado el guante a cinco depositarios de estupefacientes. Sus hombres están dando una batida gigantesca basándose en los informes que éstos le han proporcionado... Va a ser un asunto sensacional cuando se haga público.

—Deberían darme una medalla a mí, Jacobs.

—Parece que te has ganado el corazón de Kelley —rió, casi atragantándose con su cerveza—. Habla de ti bastante bien, ¿sabes? Sólo emplea algún que otro insulto muy espaciadamente. Antes despotricaba contra los fisgones sólo con palabras fuertes...

—Muy amable. ¿Todavía no ha cazado o Downes?

—No creo que tarde mucho en caer. Te aseguro que Kelley es

muy efectivo. Es un buen policía que sabe lo que se lleva entre manos.

—Especialmente para arrancar confesiones a diestro y siniestro.

—Oh, bueno, eso...

Apuré mi cerveza. Por alguna razón me había puesto de mal humor, así que me despedí de mi amigo y volví a la calle.

Era demasiado pronto para ir en busca de Ellen. Tampoco podía hacer nada por Tregenza, excepto llamarle por teléfono para asegurarme de que no había novedad. Lo hice y él refunfuñó:

—No ha sucedido nada hoy. Pero temo que llegue la noche.

—Manténgase lejos de las ventanas. El tirador nocturno no se atreverá a entrar en la casa para cumplir su amenaza. Además, antes intentará sacarle el dinero. Le apuesto que esta noche recibirá usted el aviso definitivo.

—Estaré alerta. Vuelva a llamar usted de vez en cuando si no está en su casa, donde yo pueda encontrarle.

—Perfectamente.

Colgué y anduve hacia el coche con una extraña sensación de inseguridad dentro de mí. Era algo extraño que me inquietaba y atirantaba mis nervios, pero que no pude aclarar a qué era debido.

Tomé rumbo a Melrosse Street manejando despacio y pensando furiosamente.

Era indudable que alguien me había mentido. No era lógico que el bastardo que amenaza a Tregenza fuera un desconocido cualquiera, que ni siquiera hubiera intervenido en el golpe. Forzosamente debía estar enterado de la existencia del millón de dólares, o de los detalles suficientes para hacérselo comprender...

Me habían mentido.

Muy bien, pero... ¿quién?

Estuve tentado de volver a la taberna de Big Bill y vapulear a éste lo suficiente para obligarle a decirme la verdad. Pero eso era un mal sistema. Demasiado alboroto para no tener ninguna seguridad en los resultados.

La noche había cerrado por completo cuando detuve el auto cerca de donde vivía Ellen. Encendí un cigarrillo y retrocedí por la acera, notando que al aproximarme a casa de la muchacha las preocupaciones escapaban de mí para ser remplazadas por la imagen maravillosa de ella.

Pero hay preocupaciones que uno no puede ahuyentar, una de ellas una bala disparada con silenciador.

No pude oír el disparo, pero sí el zumbido del proyectil al pasar tan cerca de mi cabeza que los cabellos acusaron el desplazamiento del aire.

Lancé un juramento, y arrojándome de cabeza al suelo, busqué la protección de las sombras. Me aplasté contra el seto que rodeaba el jardín de Ellen y tanteé en busca de un hueco por el cual atravesarlo.

Un furioso moscardón de plomo partió algunas ramas, no lejos de mi cara. O el tipo tenía ojos de gato, o su suerte era descomunal.

Me arrastré, desesperado y con el revólver en la mano. Pero no tenía la menor idea del lugar desde donde estaban tiroteándome, ni los motivos por los cuales me había convertido en un estorbo para alguien.

Afortunadamente, un claro en el ramaje de los arbustos me permitió deslizarme al interior del jardín. Cambié de posición, pegado al suelo, y escrutó la calle.

Había demasiados coches estacionados para saber si disparaban desde uno de ellos. No pude escuchar el menor sonido en ninguna parte, no obstante, un nuevo proyectil esparció ramas a su paso y destrozó un cristal en la casa, a mis espaldas. Hubo un estrépito de cristales rotos que alborotó el silencio reinante.

No pude contener un rugido de furor al darme cuenta que cualquiera de aquellas balas perdidas podía herir a la muchacha. Y si ella no oía los disparos seguramente se asomaría para ver qué sucedía...

Sólo pensando en prevenirla, levanté el cañón del revólver y disparé al aire. Mi «38» rugió en la noche, pero inmediatamente, una sucesión de proyectiles zumbaron a mi alrededor. El fogonazo me había delatado.

Rodé sobre mí mismo en dirección a la puerta de la verja. Era de madera y estaba siempre abierta por lo que había podido observar en mi visita anterior. Desde allí intenté otra vez descubrir a mi atacante.

No lo vi por ningún lado, pero estaba seguro que seguía allí, agazapado, esperando cazarme...

Para probarlo, tiré de la verja de madera. La mitad de la puerta

giró con un chirrido. Instantáneamente, algo muy duro fue a incrustarse en uno de los barrotes.

Bueno, ya habíamos jugado demasiado al escondite. Agachado, echó a correr atravesando el oscuro jardín. En cualquier instante podía llegarme una bala mejor dirigida que las anteriores, dejándome seco.

Pero pude llegar a la parte trasera del jardín corriendo como un gamo. Salté los arbustos, me deslicé por el jardín vecino y fui a desembocar otra vez a la calle principal, pero bastante lejos del lugar donde el criminal había estado a punto de cazarme.

Observó que se habían apagado las luces de las casas del vecindario, incluidas las de Ellen. Eso me tranquilizó.

Asomando apenas los ojos por el seto que servía de cerca al jardín en que me hallaba, atisé con todos los nervios en tensión, esperando ver un movimiento cualquiera que no se produjo.

Comenzaba a creer que el tipo había abandonado la partida cuando, acercándose rápidamente, comenzó a oírse el ulular de una sirena policíaca. Alguna de los vecinos, o quizá Ellen, habían dado la alarma.

Fue el aullido de la sirena lo que obligó a mi atacante a abandonar su escondite. Vi su silueta destacándose de un coche parado al otro lado de la calle y correr hacia otro que esperaba algo más lejos, con el motor en marcha según delataba la nubecilla de humo que brotaba del tubo de escape.

Me levanté conteniendo mi excitación y disparé una sarta de balazos contra el fugitivo.

Pude verle cómo saltaba en el aire, dando una voltereta. Golpeó brutalmente contra la carrocería de un auto parado y todavía dio un traspie antes de caer, perdiéndose de vista.

El auto que aguardaba se puso en movimiento, tan repentinamente que sus neumáticos chillaron al girar repentinamente acelerados. Moví el revólver lo justo para mandarle dos balazos más, pero no pude saber si lo había tocado o no, porque se perdió en la primera esquina y el percutor de mi arma cayó sobre un cartucho vacío.

Las sirenas de la policía estaban prácticamente encima. Salté el seto, atravesé la calle a todo correr y llegué al lado del caído, sólo para darme cuenta que estaba bien muerto.

Pero al reconocerlo no pude contener una exclamación de estupor.

Era Richard Downes, el cabecilla del hampa que andaba huido a raíz de la redada en su «timba» clandestina, donde el teniente Kelley había descubierto más de una libra de opio...

¿Por qué demonios había querido matarme?

CAPÍTULO XII

—¡Maldita sea, Max! Tú le hiciste tragar los dientes no hace mucho tiempo, ¿no es cierto? —Machacó Jacobs—. *Okey*, Downes ha querido vengarse, eso es todo. No trates de complicar las cosas.

—Quizá, pero no voy a creerlo tan fácilmente como tú. El tipo estaba escondido. Tenía a la policía detrás de sus huellas... y precisamente cuando más apurado estaba se le ocurre abandonar su refugio para vengarse de mí... y de esa manera. Tonterías.

Estábamos en el saloncito de Ellen, donde había entrado después de descubrir la identidad de mi asaltante. Allí se había reunido Jacobs, acudiendo a mi llamada, mientras sus colegas trabajaban en la calle conteniendo a la legión de curiosos que habían acudido después de la batalla.

—Está bien —gruñó—. Dime en qué estás trabajando ahora. Quizá así pueda ver una relación entre los dos hechos y...

—Estoy cesante —le atajé secamente.

—Bueno, que me cuelguen.

Ellen me miró, sobresaltada. Temí por un momento que ella diera al traste con mi embuste, pero tuvo el suficiente sentido común para mantener cerrada su linda boquita.

—Hay que buscar el auto en que ha escapado el cómplice de Downes, Jacobs —dije—. Todo lo que he podido ver de él ha sido el tipo; es un «Dodge» de modelo reciente. Pero estoy seguro que lleva algún impacto en la carrocería...

—No vamos a sacar nada por ese lado. Seguramente era un coche robado...

—Quizá no. Downes estaba seguro de liquidarme sin demasiadas complicaciones. Eso debe haberle infundido suficiente seguridad para no adoptar demasiadas precauciones... He tenido una suerte

loca esta noche.

Uno de los ayudantes del teniente acabó de extraer la bala que, después de romper el cristal, había ido a hundirse en un mueble, yo ya sabía que pertenecía a una automática provista de un largo silenciador, lo cual descartaba a Downes en los disparos hechos contra Tregenza. Eso complicaba más las cosas todavía.

Entonces entró el teniente Kelly y me miró como un bicho raro.

—De manera —gruñó—, que se lo ha cargado usted.

—Lamento haberle arrebatado un trofeo, teniente.

—Bueno, creo que deberé revisar mis convicciones respecto a los fisgones privados. Hasta ahora, usted parece bastante decente.

Jacobs, rió, burlón. Los dos policías se enfrascaron, en una conversación en voz baja, apartados de mí. Aproveché para reunirme con Ellen y le apreté la mano cálidamente.

—Nos han estropeado la noche, linda —dije—. No pude sospechar que ibas a estar tan cerca de los acontecimientos.

—No importa... ¿Por qué le has mentado al teniente? Tú estás trabajando para Tregenza...

—Olvidalo. No me interesa meter a la policía en este asunto. Hay demasiado dinero en juego.

—Max...

—Espera a que se vayan y podré aclarar tus dudas, querida.

—Quería decirte que todavía quedan más noches.

Su mano presionó la mía y luego se separó. Una leve sonrisa aleteó en sus deliciosos labios y no pude menos que notar un escalofrío ante su belleza.

Kelley no tardó en despedirse, de manera que Jacobs quedó solo conmigo y Ellen.

—¿Estás seguro que no puedes aportar ninguna información, Max? Te confieso que ese atentado me parece muy oscuro... y lo mismo opina Kelley.

—¡Al demonio con Kelley! ¿No puedes pensar por tu propia cuenta acaso?

—Seguro, seguro... Bueno, tendrás que acudir a mi despacho para, redactar un informe en regla. Pero no voy a ocultarte que seguiré investigando alrededor de Downes... y de ti.

—Por algo eres un polizante —reí, empujándolo hacia la puerta.

—¿No hay duda que se trataba de un «Dodge»?

—Conozco muy bien ese modelo de coche. Es el que pienso comprar dentro de poco...

—Ya veo... Bueno, si resulta que fue robado no sacaremos nada de él, pero destinaré a algunos hombres a buscarlo.

Tan pronto se hubo marchado, descolgué el teléfono y comuniqué con Tregenza. El hombre parecía más tranquilo que de costumbre a juzgar por su voz.

Corté su verborrea para preguntarle:

—¿Tuvo usted negocios con Richard Downes alguna vez?

—Nunca, aunque he oído hablar mucho de él.

—Pero ¿lo conoció en sus viejos tiempos?

—No. Él es mucho más joven que yo. No es de mi época. Ripley.

—Claro, debí haberlo supuesto.

—¿Cree que está mezclado en este asunto?

—Debe estarlo de alguna forma. Ha tratado de matarme hace una hora.

—¡Diablo! ¿Qué ha sucedido?

—Todo lo que puedo decirle es que él está muerto.

Hay otra pregunta que deseo hacerle, pero no lo tome por la tremenda, Tregenza...

—Dispare.

—Ese hermano de su mujer, el ladrón de coches... ¿sigue encerrado todavía?

—Seguro. Le faltan seis meses de condena para salir a la calle.

—¿No se habrá beneficiado de algún indulto, o quizá por buena conducta?

—No... Mitzi lo hubiera sabido... ¡Eh, un momento...!

—No haga preguntas ahora. Empiezo a tener algunas ideas y no quiero que usted me las confunda... Le llamaré cuando tenga algo más que decirle.

Colgué, cortando sus gritos y regresando al lado de la muchacha.

—Hay algo extraño en todo esto —comenté, hablando en voz baja, para mí mismo—. Algo que no encaja... ¿Por qué arriesgarse a matarme si no sé una palabra del culpable? O quizá se ha asustado a causa de mi intervención...

Volví a descolgar el teléfono y esta vez pedí larga distancia para comunicar con San Francisco. Colgué y encendí un cigarrillo, dejándome caer en el diván, al lado de Ellen.

Ella murmuró:

—Reconozco que tu trabajo es emocionante, Max... pero deberías cambiar de profesión si deseas llegar a viejo.

—Es lo único que sé hacer. ¿Tanto te preocupa mi futuro, preciosa?

—No es eso, yo...

La interrumpí sellando sus labios con los míos. Sentí cómo se estremecía entre mis brazos. Si el teléfono no hubiera empezado a escandalizar, el beso hubiera podido durar el resto de la noche.

—Habla Ripley —dije a través del auricular—. ¿Está ahí Wigley?

—Un momento. ¿Ripley es su nombre?

Asentí y esperé, escuchando una serie de chasquidos. Al final, la voz del periodista del «Dispatch» me llegó sorprendentemente clara.

—¿Max, eres tú realmente?

—Si oyes el nombre de Ripley alguna vez puedes apostar que soy yo. ¿Puedes dar un vistazo a los archivos del periódico, muchacho? Necesito unos datos con urgencia.

—Dame los nombres.

—Ajá. Mitzi Tregenza. Ése es su nombre de casada, ignoro el que tenía de soltera...

—¿Tregenza? —exclamó—. ¿Te refieres a la loca que se casó con Enrico Tregenza en San Quintín, antes que lo pusieran en libertad?

—Justamente.

—Mitzi Parker —soltó—. ¿Qué hay con ella?

—Necesito saber todo su pasado. También me interesa saber si su hermano continúa en la cárcel, y quién era su amante antes de casarse con Tregenza...

—Casi puedo contarte esa historia sin necesidad de consultar los archivos. Sólo tendré que buscar lo referente al hermano. ¿Dónde te llamo dentro de unos minutos?

—Voy a darte un número de teléfono. Estaré junto al aparato, esperando.

Le dicté el número de Ellen y colgué. Ella se acercó a mí, un tanto alarmada.

—¿Vas a sospechar de la propia mujer de tu cliente, Max?

—Todas las personas que han tenido o tienen relación con él me interesan, especialmente en un caso como éste. Realmente, pequeña, debí ocuparme antes de esa mujer. Quizá esté limpia y no

tenga nada que ver con las amenazas, pero no quiero dejar cabos sueltos a mis espaldas.

—Mira que si fuera ella la instigadora de todo esto...

—¿Qué?

—Sería un justo castigo para él. Pagaría una pequeña parte del daño que le hizo a mi hermana...

—No seas vengativa, querida. Oye, creo recordar que el teléfono ha interrumpido algo importante que...

—¡Quieto! —exclamó, riendo.

Pero huyó de mí lo suficiente lejos para que no pudiera apresarla de nuevo.

—Te pasaré algo de beber para que mantengas las manos ocupadas —me espetó desde su prudente distancia—. Ya no me fío de ti.

—Deberías ser más complaciente con un pobre hombre que ha estado al borde de la fosa hace una hora.

Pero tuve que conformarme con un vaso de *whisky* por todo consuelo. Ella buscó asiento en una butaca, frente a mí. Resultaba algo deliciosamente atractivo el contemplarla y casi me olvidé del licor.

Estaba calculando los riesgos de un ataque directo, cuando el timbre del teléfono rompió de nuevo el naciente encanto.

La voz de mi viejo camarada de juventud dijo a través de la larga distancia:

—El chico sigue entre rejas. Se llama Johnny Parker.

—Muy bien, adelante con el resto de la historia. Puedes cargarme el importe de la llamada, así que no ahorres palabras.

No las ahorró. Estuvo hablando casi monótonamente, como si dictara uno de sus artículos a la secretaria. Realmente, dijo mucho y no dijo nada.

Pero fue suficiente. Ni más ni menos lo que yo necesitaba saber.

Después de darle las gracias, colgué sintiendo un extraño hormigueo en las rodillas. Tuve que sentarme y me asaltaron unas tremendas ganas de reír. Sólo me contuve por la presencia de Ellen.

—¿Y bien, te has vuelto mudo de repente? —me espetó, sentándose a mi lado, en el sofá.

Aproveché para enlazarla por la cintura, de manera que no pudiera escapar.

—No es nada para verter en tus lindas orejitas, pequeña...

La besé y ella aceptó el beso, pero se apartó demasiado pronto para mi gusto.

—Max —jadeó—. Si eso es tan importante no pensarás perder el tiempo aquí toda la noche...

—Querida mía, puedo asegurarte que esta noche, fuera de aquí, no sucederá nada. Pero no puedo afirmar lo mismo en cuanto a ti...

—¡Eh, no empieces otra vez!

—¿Por qué no?

Se echó a reír. Su risa murió en mis labios.

Realmente, fuera de aquellas cuatro paredes no sucedió nada.

CAPÍTULO XIII

—¡Maldito sea, Ripley! —estalló Tregenza, tan pronto hubo cerrado la puerta a mis espaldas—, ¿dónde se metió anoche?

—Estuve muy ocupado...

—Creo que fui un estúpido al confiar en usted... Recibí otro anónimo. Estuve tratando de localizarle y...

—¿Cuánto le piden?

Miró a su mujer como en busca de ayuda. Luego jadeó:

—¡Todo!

—Ya veo...

—¡Ese maldito lo quiere todo! —gritó de nuevo—. Quiere arruinarme, dejarme sin un centavo después de dieciocho años de soportar un infierno. ¡Tendrá que matarme!

—Tómelo con calma, Enrico... He estado pensando mucho sobre usted y su dinero.

—¡Maldito si me sirve de nada el que piense usted en mí!

—También he hecho algunas averiguaciones respecto a ese dinero...

—¡Alto ahí! No menciona siquiera mi dinero o...

—¡Cállese, maldita sea! —Dio un paso atrás, asustado y aproveché para proseguir—: La compañía de seguros mantiene su primitiva oferta del quince por ciento de la cantidad que se recupere. Usted guarda aproximadamente un millón, ¿no es cierto?

—¿A dónde quiere ir a parar?

—El quince por ciento de un millón son ciento cincuenta mil dólares, Tregenza.

—¿Y qué? Si cree que voy a devolver ese dinero, sólo porque a usted se le antoje, está completamente loco. He soportado dieciocho años de...

—De infierno —le interrumpí—. Ya me lo ha dicho antes.

—Ya comprando —masculló, palideciendo—. Pretende devolver el dinero usted... ¡Usted, maldito traidor, para embolsarse la recompensa...!

—Cuando deje de gritar quizá pueda decirle quién es el que intenta volarle los sesos, Tregenza.

Calló en seco. Casi se cayó de espaldas.

—¿Lo... lo sabe usted?

—¡Naturalmente que lo sé! Debí empezar por el final y... Pero eso no importa. Estoy dispuesto a desenmascararlo, a salvar su pellejo, Tregenza, siempre que el millón sea restituido. Ciento cincuenta mil dólares le permitirán empezar de nuevo sin agobios... Y no vuelva a hablarme de sus años de cárcel porque le sacudiré un puñetazo.

—¡Maldito sea...!

—¿Sí o no?

—¡No, ni lo sueñe, sucio traidor! Nunca verá ese dinero.

—En ese caso, tampoco usted, podrá gozar de él porque le volarán la cabeza en cualquier momento.

Eché a andar hacia la salida. Detrás de mí sonó una especie de gemido agónico. La voz de la mujer dijo:

—¡Nunca confié en él, Enrico! Te lo dije, recuérdalo.

—¡Espere!

Me detuve. El pobre tipo vino a mi encuentro pálido como un sudario.

—No corra tanto, Ripley... podemos tratar esto y...

—Ya le he expuesto mis condiciones.

—¡Pero la compañía de seguros no me pagaría a mí! ¿No quiere comprenderlo?

—Pero sí me abonaría a mí la recompensa. Reconozco que sus dieciocho años de encierro merecen un premio... Le entregaré los ciento cincuenta mil. Tiene mi palabra de honor.

—¿Vas a confiar en él otra vez, pobre tonto?

La voz alterada de su mujer, le detuvo, pero inmediatamente dijo:

—¿Cómo sé que no se embolsará usted los ciento cincuenta mil, Ripley?

—Deberá confiar en mi palabra. Me quedará con siete mil

quinientos, la parte de su oferta que queda pendiente.

Titubeó. Mitzi comenzó a despotricar contra mí y acabó gritando histéricamente.

—¡Cállese! —le espeté—. Podrá gritar después, linda.

Cerró la boca, atemorizada.

Tregenza dijo:

—¿Me librará usted de la amenaza del asesino, Ripley?

—Sin la menor duda.

—Trato hecho. Quiero vivir tranquilo el resto de mis años, maldita sea.

—¡No te permitiré que lo hagas, Enrico!

Éste apenas si volvió la cabeza. Yo dije:

—Usted no estará en condicionéis de permitir o prohibir nada, amiguita... entre otras razones, porque estará entre rejas a partir de ahora.

Tregenza giró lentamente hacia ella, mudo de estupor.

—¡Mitzi! —Casi sollozó.

—Ella fue la trampa, Tregenza —añadí—. Se casó con usted para echar mano a todo ese dinero...

—No es posible... Mitzi... Ella estaba conmigo cuando dispararon contra mí... Estuvo también en peligro...

—El autor de los disparos se aseguró muy bien del lugar adonde dirigía sus balas. Sólo quería asustarle, ablandarle lo suficiente para que cuando le hicieran su petición usted estuviera ansioso por salvar el pellejo, tan ansioso que no tuviera inconveniente en renunciar a su fortuna a cambio de su vida. Ése era el plan, sin duda alguna, ¿verdad, Mitzi?

—Ha acertado en todo, fisgón.

La voz nos obligó a girar como peonzas. El teniente Kelley nos apuntaba con su revólver de reglamento, de largo cañón.

Tregenza murmuró:

—¿Quién es éste?

—El teniente Kelley, Enrico. El amante de Mitzi hasta que se le ocurrió la idea genial... el autor de los disparos a través de las ventanas, el hijo de perra que capturó a Downes y lo mandó contra mí, seguramente prometiéndole la impunidad y la libertad si me liquidaba...

—Cierra la boca —estalló el policía—. ¿Has conseguido saber

dónde guarda la «pasta», nena?

—No, Dave...

—Eso nos hará perder tiempo. Tendré que «trabajarlo» hasta que lo escupa de una maldita vez. Si ese bastardo no hubiese intervenido todo hubiera sido más fácil... Enrico comenzaba a temblar como un flan... se hubiera desmoronado fácilmente.

—Con calma, teniente —dije, vigilando su revólver—. ¿No se ha preguntado quién se ha molestado en hacerle llegar la noticia de mi venida a esta casa?

—¿Cómo?

—Alguien le ha insinuado que yo venía aquí para echarle el guante a esta hermosa gata... Jacobs, ¿comprende?

—¿Y qué?

—Yo se lo he dicho a él.

—Eso no le salvará. Ni a usted ni a Tregenza... Una vez muertos no podrán declarar contra nosotros. Y yo arreglaré las cosas para que las sospechas nunca puedan molestarnos. Tal vez un tiroteo con dos armas... Es un viejo truco, pero sigue dando resultado...

—No lo dará esta vez, Kelley.

—Veremos.

Por la misma puerta que había aparecido Kelley, asomó el macizo cuerpo de Jacobs. Detrás de él brillaron los botones dorados de un par de agentes de uniforme.

Sonreí.

—Magnífico, Jacobs. Debes haber escuchado una historia ejemplar en pocos minutos.

Kelley dio un respingo. La voz de Jacobs ordenó, seca como un trallazo:

—¡Suelta el revólver, Kelley, no me obligues a disparar!

Durante una fracción de segundo Kelley titubeó, medio vuelto hacia Jacobs. Mitzi comenzó a gemir como si estuviera herida. Tal vez lo estaba, pero sólo en sus ambiciones desenfrenadas.

Finalmente, el revólver cayó al suelo con un golpe seco.

—Tú ganas, Jacobs —rezongó Kelly—. Sé que me matarías sin ninguna vacilación.

—Puedes estar seguro. Aborrezco a los policías renegados como tú.

—Bueno —suspiré—. Puedes ver que no te conté un cuento de

hadas, Jacobs...

—Tenía el propósito de arrancarte la piel si estabas equivocado... Después de todo, se trataba de un oficial de policía...

—Un teniente que odiaba a los detectives privados.

Kelley hizo una mueca. No cabía duda que tenía unos nervios de acero.

—Ahora puede darse cuenta de si tenía o no razón al odiarlos. Si no hubiera intervenido usted...

Las esposas se cerraron en sus muñecas. Otro par hicieron el mismo trabajo en las de Mitzi. Tregenza murmuró:

—Ripley... Tuvo razón al decir que nadie simpatizaba conmigo... Ni siquiera mi propia esposa... ¿Cuándo quiere el dinero?

—Más tarde. Espere a que se larguen todos esos...

Y se largaron, y yo cobré mi parte, Enrico Tregenza la suya como recompensa por dieciocho años de encierro...

Incluso, asistió a mi boda con Ellen vestido como un potentado, aunque no logró disimular su aspecto de tendero retirado... Pero todo esto es agua pasada...

FIN



EL SALARIO DEL DIABLO

por

CLARK CARRADOS

Los pandilleros fueron cogidos de sorpresa por el imprevisto gesto de su víctima. Snooky dio un segundo salto y consiguió situarse a espaldas del aturldido Ourash, a quien propinó un tremendo empuellón.

Ourash saltó proyectado hacia adelante, en el mismo instante en que Lynor desviaba la pistola para hacer fuego a su derecha, en vez de al frente como había proyectado. La bala alcanzó de lleno al pistolero en el pecho y le arrancó un gemido de dolor. Casi en el acto, chocó contra Lynor y los dos hombres cayeron al suelo.

El codo de Lynor pegó contra una piedra y el dolor le arrancó un movimiento reflejo en la mano. La pistola se disparó de nuevo, cuando Ourash estaba aún sobre él.

Una historia grandiosa, violenta y ruda

EL SALARIO DEL DIABLO

Recuerde este título, escrito de forma magistral por

CLARK CARRADOS

¡No deje de leerlo la próxima semana!



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 8 pfas. • Impreso en España • Printed in Spain



VETERANO
tiene
ESO...

REXUS

un **VETERANO** SABOR!...



OSBORNE *Fundada en 1772*